

Vida, muerte y resurrección de las "teorías de la dependencia"	Título
Beigel, Fernanda - Autor/a;	Autor(es)
Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano	En:
Buenos Aires	Lugar
CLACSO	Editorial/Editor
2006	Fecha
Colección Becas de Investigación	Colección
Dependencia; Teoría política; Teoría económica; Teoría social; Pensamiento crítico; Teoría de la dependencia; América Latina;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
<small>*http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20140227054137/C05FBeigel.pdf</small>	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



FERNANDA BEIGEL*

VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE LAS “TEORÍAS DE LA DEPENDENCIA”

NO ERA OTRA la preocupación más íntima de los forjadores de la llamada “teoría de la dependencia”: transformar –y para ello explicar– las condiciones de superexplotación que vivían nuestros países frente a los poderes hegemónicos del sistema capitalista. Entendían que la polarización entre centros y periferias era inmanente a la expansión mundial del capital y consideraban que la concentración de la riqueza que esto implicaba marcaba un camino sin retorno. Por eso se abocaron a imaginar otro sistema social más justo y solidario. La *interpretación* se convirtió, así, en el atajo privilegiado que estos intelectuales tomaron para articular teoría y política, procurando un gesto semejante al que expresara C. Wright Mills, durante 1959, en su célebre invocación a *La imaginación sociológica*: “comprender su propia existencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época”, explorando sus posibilidades a partir de conocer las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias (Mills, 1994: 25).

* Socióloga. Investigadora del CONICET. Coordinadora Académica de la Carrera de Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo.

A pesar de que se decretó varias veces la muerte de la teoría de la dependencia, ella ha sido una marca persistente en el pensamiento social latinoamericano. Durante épocas formó parte de corrientes dominantes; en otras, quedó recluida en paradigmas subordinados. Pensar hoy en la llamada teoría de la dependencia implica ingresar en un campo problemático, que requiere, en primer lugar, realizar una historia de la teoría y del campo intelectual. Probablemente esto nos permita reconocer quiénes disponen de la vida y del deceso de las categorías, relativizando así los ritos de la muerte y los ritos de la vida.

Hablar de vida, muerte y resurrección para referirnos a teorías y corrientes sociológicas, digámoslo de una vez, suena un tanto mesiánico. La categoría de “dependencia” no habita más allá de la historia ni constituye un nudo “esencial” que se mantiene aferrado al ámbito de la teoría, a la espera de críticos o detractores. El título de este trabajo tiene que ver, en cambio, con el hecho de que el presente siempre dialoga con el pasado, aunque procuremos el esfuerzo de situar nuestros balances en un tiempo y un espacio. En este ensayo intentaremos revisar la categoría de dependencia a la luz de una aproximación a una periodización de la sociología latinoamericana, con el fin de explicar lo que parece una resurrección mesiánica, mas no es otra cosa que el fin de una restauración domesticante de las ciencias sociales en la región.

Constituye una afirmación del sentido común pensar que hay *una* teoría de la dependencia y, por lo tanto, que estaríamos evaluando un marco conceptual homogéneo y unitario en relación con su capacidad de explicar una realidad concreta. Esta confrontación entre teoría y empiria sería, así, el modo de determinar si la “dependencia” sigue viva o habría muerto con el conjunto de condiciones de su época de gestación. En lo que sigue, argumentaremos que la evaluación es mucho más compleja, pues no existió *una* teoría de la dependencia, sino innumerables aportes, muchos de los cuales quedaron restringidos a pequeños círculos, y más de una vez incomunicados entre sí, por las condiciones de difusión y diálogo del campo intelectual, o porque quedaron trancos cuando estaban en pleno desarrollo. Intentaremos desmontar un mito que se fue forjando alrededor de esta corriente teórica, particularmente a partir de caracterizarla como “una teoría simplista y mecanicista”, operación que no sólo fue montada por los sostenedores del establishment que los dependentistas azuzaban, sino que también fue alimentada por intelectuales radicales que contribuyeron a divulgar esta imagen.

Reconstruir esta historia nos permitirá explicitar viejos y nuevos conceptos de dependencia, que a su vez ayudarán a desentrañar la especificidad de estos enfoques en diferentes épocas. Pero no sólo nos impulsa un afán historiográfico. El problema central de este ensayo consiste en determinar si la noción de *dependencia*, además de ser una categoría histórica, puede ser considerada hoy una categoría analítica de las cien-

cias sociales latinoamericanas. Se trata de determinar si constituye un paradigma confuso y limitante, o el puntapié de un pensamiento propiamente latinoamericano, enraizado en el espacio y tiempo del mundo que nació con los años sesenta, pero lo suficientemente flexible como para ser revitalizado. Una pregunta clave que ha orientado nuestra reflexión tiene que ver, entonces, con pensar si estamos viviendo una etapa completamente diferente de la que analizaron los dependentistas. Es decir, si la categoría de “dependencia” puede renovarse como herramienta de análisis, a partir de una revisión de las relaciones de los países latinoamericanos entre sí y con el mundo. O si, por el contrario, la llamada “globalización” ha evaporado los pilares sociales y económicos que le dieron origen, y esta disolución del referente real nos obligaría a sellar, definitivamente, el acta de defunción de la problemática.

Más allá de la capacidad explicativa de las teorías históricas de la dependencia, es decir, de su ajuste con la realidad sesentista, vale preguntarse si existe hoy una relación de subordinación entre los procesos económicos y políticos operados en los países periféricos y los desarrollados en los países centrales. ¿Se trataría, en tal caso, de una relación de dependencia entre estados-nación? En otras palabras, vale cuestionar si las teorías de la dependencia pueden ser *repensadas* o deben ser *impensadas*, en términos de Immanuel Wallerstein, para construir un paradigma que contribuya a explicar nuestra realidad¹.

Pero ¿cómo abordar los desafíos teóricos que supone reflexionar sobre una categoría que alude a una realidad palpable y cargada de sentido común? Nuestro acceso a la experiencia histórica está siempre mediado por documentos que forman un mosaico incompleto, en movimiento, que se va alimentando con nuevos hallazgos o interpretaciones sobre la evidencia en cuestión. Una indagación exhaustiva de la noción de dependencia en la historia de nuestro continente implica, entonces, dos vías: una vinculada con el referente histórico de la categoría, y otra relacionada con su uso en la práctica científica. La primera supone indagar sobre la experiencia de la dependencia, es decir, la relación de dominación de unos países sobre otros, y la segunda, abordar los modos de construcción analítica de esta relación en el campo intelectual latinoamericano. Esto significa que la dependencia es históricamente construida, pero, a la vez, es objeto de construcciones simbólicas

1 Wallerstein propone “impensar” las ciencias sociales del siglo XIX, en el sentido de que muchas de esas suposiciones son la principal barrera intelectual para analizar con algún fin útil el mundo social. Desde su punto de vista, uno de sus más resistentes y confusos legados es la división del análisis social en tres áreas, tres lógicas, tres “niveles”: el económico, el político y el sociocultural. Para Wallerstein, esta trilogía se encuentra en medio del camino, obstaculizando nuestro progreso intelectual. Ver Wallerstein (2003: 3-6).

–siempre también sociales– que se desarrollan en el cruce de diversos campos: literatura, ciencias sociales, militancia política, entre otros.

Como vemos, se hace necesario analizar las diversas significaciones que la categoría de dependencia asumió, en estrecha conexión con las modificaciones de su referente real a lo largo del tiempo, y en relación con una mirada introspectiva, que nos permita hacer un balance del campo intelectual con el mayor grado de distancia crítica posible. En esta línea, resulta pertinente delimitar qué entendemos por “teorías de la dependencia”, para luego distinguir los diversos enfoques y reconstruir sus relaciones con otras corrientes, efectuando un seguimiento de las instancias materiales de investigación e intercambio intelectual que les sirvieron de base durante la segunda mitad del siglo XX. Para superar el nivel descriptivo, además, será necesario trabajar sobre las trayectorias académicas y políticas de sus principales exponentes, y determinar el derrotero de esta línea teórica en sus vinculaciones con el campo del poder².

Por supuesto, estos procedimientos sólo podrían aplicarse complementariamente, pues –como diría Lucien Goldmann– una obra es siempre un punto de encuentro entre la vida del individuo y la vida de un grupo social. Tratándose de una categoría compleja, que alude a una multiplicidad de fenómenos que desbordan lo económico para penetrar en el campo de la política y la cultura, sería indispensable explicar por qué “cayó en desgracia” desde los años ochenta, y por qué estamos volviendo a hablar de ella hoy.

Dependencia, independencia e interdependencia constituyen, como veremos, categorías complejas, que expresan múltiples proyectos históricos y realidades sociales heterogéneas, que es necesario dilucidar para precisar el uso de las mismas como herramientas productivas para el análisis de lo social. Las teorías no evolucionan libremente: los cambios en el objeto son irrupciones que representan mucho más que una piedra en el camino. No es posible que una teoría social se preserve intacta frente a serias modificaciones del fenómeno que pretende explicar, a menos que pierda su vitalidad y quede archivada en los anales de la ciencia. Una categoría se elabora en determinadas condiciones sociales que le sirven de límite, aunque también como “espacio de posibilidad”. En este sentido, y bajo estos parámetros, puede entenderse la *relativa* autonomía del campo académico³.

2 Existen ya algunos aportes a esta suerte de sociología de las teorías de la dependencia. Theotônio Dos Santos ha sintetizado los balances hechos por protagonistas y por estudiosos de distintas partes del mundo. Ver Dos Santos (2002).

3 Intentamos situarnos en los confines de una sociología histórica, en el sentido de evaluar el desarrollo de las teorías dependentistas en función de las vinculaciones de las instancias materiales de investigación con los cambios de estructuras a gran escala. Para articular esto con una sociología del campo académico, hemos tomado las propuestas de Pierre Bourdieu (1984; 1999).

HISTORIA E HISTORICIDAD DE LA CATEGORÍA DE “DEPENDENCIA”

Pocas dudas caben acerca de que lo que se denominó teoría de la dependencia se convirtió en un paradigma para las ciencias sociales en esta parte del mundo. Pero se conoce menos el hecho de que la categoría de *dependencia* tiene una trayectoria bastante larga en nuestro campo intelectual, cuyos antecedentes se remontan al siglo XIX, mientras se desenvolvía el movimiento de la llamada “segunda emancipación” y el debate acerca de los alcances de la Independencia. Durante esta etapa, los países latinoamericanos transitaban largos períodos de inestabilidad política, caracterizados por el enfrentamiento de proyectos sociales. Unos tendían a promover el desarrollo hacia afuera y buscaban modos de integración de nuestras naciones al capitalismo para absorber el “progreso” que se creía inminente. Otros favorecían un desarrollo hacia adentro, preservando formas de trabajo doméstico, el latifundio y las modalidades de producción del período pre-independentista.

Arturo Andrés Roig ha señalado que la cuestión de la “segunda independencia” puede vincularse con el movimiento de la “emancipación mental”, que tuvo sus primeros desarrollos en los países latinoamericanos desde fines de la década de 1830 hasta mediados de la siguiente, con la generación romántica. Para intelectuales como Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Andrés Bello, era necesario dejar atrás la acción “material” o de las “armas”, reemplazándola por las “herramientas de la inteligencia”. Para ellos, este era el único medio para acabar con nuestras “cadenas invisibles” que eran, sin más, mentalidades o formas psíquicas “erradas”.

La cuestión de la “emancipación mental” tuvo en Simón Bolívar uno de sus precursores, y se bifurcó hacia dos líneas de desarrollo ideológico, a lo largo del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX. La diferencia central entre estas dos líneas residía en la actitud de los escritores respecto de las estrategias que debían ser puestas en juego para lograr la integración de los grupos sociales y la “unidad nacional”. Unos consideraban que la acción adecuada era la represión, y manifestaban un desprecio “cientificista” por el pueblo. Otros preferían una integración de tipo paternalista, al estilo de los primeros trabajos de Alberdi, o de tipo esteticista-elitista, como el caso de José Enrique Rodó (Roig, 1979: 351-362).

Luego de la primera emancipación, que nos había librado del “enemigo externo”, estos escritores creían que la afirmación nacional dependía de lograr una segunda independencia, esta vez de lo que llamaban el “enemigo interno”. ¿Pero, quién era el enemigo interno? Era el conjunto de hábitos y costumbres “contrarias al progreso”. Estos enemigos se alojaban en las masas, que quedaban confinadas siempre al polo “bárbaro” e incivilizado. Frente a estas “enfermedades”, las elites recu-

rieron a dos medios, supuestamente “emancipadores”: la educación represiva y la aniquilación de importantes segmentos de la población.

Aunque algunos exponentes del movimiento de la “emancipación mental” revalorizaban el ámbito “plebeyo”, lo hacían desde una actitud paternalista que consideraba indispensable “adaptar” a ese conjunto social a los modelos del progreso, o desde una posición psicologista, que reducía los obstáculos del desarrollo nacional a las desviaciones morales (Roig, 1979: 360). Si bien la cuestión de la “emancipación mental” ha sido retomada muchas veces por el pensamiento social más reciente, es a partir de esta perspectiva crítica que podemos efectuar un balance histórico de este movimiento, teniendo en cuenta sus contradicciones –pero muy especialmente sus horrores– a la hora de hablar de los sujetos/objetos de esa “segunda independencia”⁴.

Con José Martí y Manuel Ugarte se produjo un paso hacia adelante en la reflexión acerca de la “segunda independencia” y la cuestión de los sujetos del cambio social. El cubano no separaba la acción “material” del “pensamiento” ni tenía una visión paternalista de los pueblos. Superaba el elitismo de Rodó y Alberdi porque el eje de su planteamiento no estaba en la necesidad de hallar un grupo selecto que fuera el encargado de implementar los modelos europeos o norteamericanos. Los valores-fuerza estaban en los oprimidos, y estos tenían derecho a irrumpir históricamente e imponer la estructura axiológica interna del discurso liberador. La “emancipación mental”, en otros términos, no era para Martí una cuestión mental (Roig, 1979: 351-362). En el caso del argentino Ugarte, emancipación mental, independencia política y autonomía económica se unificaban en el proyecto de una “segunda independencia”, que tendría como meta principal combatir las múltiples formas de dependencia colonial y las intervenciones del imperialismo norteamericano en el continente. En 1927 proclamaba:

Vengo a decir: hay que hacer esta política aunque la hagan sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas. Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república, a un acercamiento entre

4 La problemática de la “emancipación mental” persistió en los debates alrededor de la dependencia cultural, que se multiplicaron desde el siglo XIX hasta hoy. En la primera parte del siglo XX se articuló con una de las polémicas más célebres de nuestro campo cultural: nos referimos a la discusión en torno a la postulación de “Madrid como meridiano intelectual de Hispanoamérica” por parte de Guillermo de Torre en 1927 (ver Beigel, 2003b: 42-66). Ya en los años sesenta reapareció ligada a los dilemas de la conciencia colonizada en los procesos de liberación nacional. Del otro lado del Atlántico, puede verse Fanon (1974), especialmente el capítulo dedicado a “Guerra Colonial y Trastornos Mentales”.

todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por las ideas. Hay que realizar la Segunda Independencia, renovando al continente. Basta de concesiones abusivas, de empréstitos aventurados, de contratos dolorosos, de desórdenes endémicos y de pueriles pleitos fronterizos. Remontémonos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas y hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso, sólo podemos confiar en el porvenir⁵.

Con estos discursos precursores de Manuel Ugarte, José Martí y tantos otros, como Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada, José Ingenieros, los intelectuales latinoamericanos atravesaron el umbral del siglo XX reconociendo las limitaciones que las diversas formas de dependencia imponían al desarrollo de nuestras formaciones sociales. La independencia política seguía siendo vista como incompleta y la “verdadera emancipación” (económica, social o cultural), como su complemento indispensable. Ya en medio del debate entre cosmopolitismo y nacionalismo fueron formulados importantes diagnósticos que visualizaban el carácter subordinado de nuestro desarrollo. Las revistas, las editoriales, los diarios, las tertulias, los congresos y otras instancias que dinamizaron el campo intelectual latinoamericano en las primeras décadas del siglo XX dieron lugar a un sinnúmero de teorías, inclusive proyectos políticos, tendientes a profundizar –en todo caso, concretar– la autonomía no alcanzada. En su mayoría, articulaban la lucha contra el imperialismo junto con aquella preocupación de las generaciones anteriores por el “enemigo interno”, aunque fuertemente redefinida. Consideraban la formación de lo nacional como un proceso incompleto, obstaculizado, antes que por un conjunto de costumbres o hábitos populares, por la acción política y económica de las elites oligárquicas.

Mientras se consolidaba y ampliaba el campo cultural, una serie de circunstancias históricas potenció a nivel continental este debate acerca de lo nacional que venía desarrollándose desde el “periodismo de ideas”. La proximidad del cambio social, que se proyectó con la Revolución Mexicana (1910) y la Revolución Rusa (1917), terminó de constituirse en una trilogía transformadora con el movimiento de la Reforma Universitaria (1918). Nuevos sujetos históricos vinieron a nutrir el debate acerca de la identidad nacional y reclamaron su derecho a incidir en los procesos de modernización. Ya no podía hablarse simplemente de “pueblo”, entendiendo por este un conglomerado amorfo y maleable por las elites económicas e intelectuales, sino de un conjunto social heterogéneo, cada vez más activo en la vida pública. Se trataba

5 Manifiesto lanzado por Ugarte en 1927, citado por Arturo Andrés Roig (2002: 32).

de jóvenes, artistas, obreros, campesinos, indios, maestros, periodistas, que pretendían modificar el ejercicio de los derechos políticos y la forma de distribución de los recursos. Reclamaban, finalmente, un lugar propio en la argentinidad, la bolivianidad o la mexicanidad.

En el pensamiento económico latinoamericano, la categoría de “dependencia” comenzó a ser utilizada explícitamente durante este primer tercio del siglo XX, cuando se hacía visible un cambio en el peso específico de los capitales norteamericanos en nuestras formaciones sociales. Esta transformación, que no haría más que consolidarse, constituyó el marco de referencia para aquellos que ensayaban explicaciones críticas acerca de la modernización latinoamericana. Precursores fueron José Carlos Mariátegui, Gilberto Freire, Josué de Castro, Caio Prado Junior, Raúl Prebisch, Florestán Fernández, entre otros⁶.

Theotônio Dos Santos sostiene que el cuadro teórico e histórico de las teorías del desarrollo estuvo puesto en el marco del surgimiento de nuevas instituciones políticas y económicas que expresaban un nuevo clima político e intelectual. El desarrollismo buscaba localizar los obstáculos para el “progreso económico” a partir de una concepción que polarizaba sociedades que clasificaba como tradicionales frente a sociedades que consideraba modernas. En esta visión, el subdesarrollo implicaba “ausencia de desarrollo”, y el “atraso” de estos países era explicado por las debilidades que en ellos existían para su modernización.

Pablo González Casanova recuerda que en los años cuarenta y cincuenta existía una gran puja por distinguir sociología e ideología, lo cual promovió enfoques neopositivistas y neoempiristas marcados por los paradigmas norteamericanos. Estas corrientes no estaban exentas, sin embargo, de críticos. En los propios confines de la sociología norteamericana se alzaba la voz de Charles Wright Mills, y en el continente latinoamericano los rechazos provenían del nacionalismo, el populismo, los movimientos antiimperialistas y el marxismo de la III Internacional (González Casanova, 1985). Con el célebre estudio de la CEPAL, *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas* (Prebisch, 1949), se consolidó la visión centro-periferia, que habría de constituirse en una valiosa herramienta analítica para interpretar la distribución de los incrementos de productividad que derivaban del cambio técnico, y elaborar una concepción del desarrollo de alcance mundial.

La CEPAL, UNCTAD y otras organizaciones que nacieron después de la Segunda Guerra Mundial recibieron el impacto de las luchas de liberación que se abrieron en América Latina, Asia y África a partir de los años cincuenta. La crisis del colonialismo ponía en discusión las in-

6 En su más reciente libro, Theotônio Dos Santos sintetiza los aportes de estos investigadores y ensayistas. Ver Dos Santos (2002: 29-30).

interpretaciones evolucionistas, de corte eurocéntrico, en las que la modernidad era entendida como un fenómeno universal y el pleno desarrollo podía verse en el liberalismo norteamericano o el socialismo ruso, entendidos como modelos opuestos, pero puros (Dos Santos, 2002: 12-24). Al finalizar la década del cincuenta, y en estrecha conexión con los debates surgidos en el seno del estructuralismo latinoamericano, la dependencia era concebida por algunos investigadores como una forma de dominación mediante la cual gran parte del excedente generado en las naciones periféricas era apropiado concentradamente por los países centrales.

Pero se preparaba una ruptura más radical con los enfoques desarrollistas y modernizadores que habían dirigido sus expectativas hacia la industrialización. Una importante cohorte de científicos sociales latinoamericanos decidió encarar esta ruptura, llevando a fondo la crítica a los modelos de desarrollo industrialistas basados en la sustitución de importaciones. Pablo González Casanova sostiene que la literatura de la CEPAL, que ya era muy influyente, representó un gran esfuerzo para contribuir a elaborar un nuevo concepto de dependencia, que se alejó tanto de los enfoques nacionalistas como desarrollistas (González Casanova, 1985: 25-34). Hacia comienzos de la década del sesenta, un conjunto nuevo de espacios institucionales vinieron a dinamizar este proceso de producción teórica. Nos referimos a los institutos de investigación y escuelas de ciencias sociales creadas en la ciudad de Santiago de Chile entre 1957 y 1967 (Beigel, 2005). Se trataba de una nueva perspectiva que planteaba al capitalismo como sistema mundial, con centro autónomo y periferia dependiente: uno y otra se reproducían.

LA CONSAGRACIÓN DE LA CATEGORÍA DE “DEPENDENCIA” EN EL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES (VIDA)

Las discusiones acerca del desarrollo latinoamericano estaban cada vez más marcadas por el diagnóstico de la región, particularmente por el debate entre feudalismo y capitalismo, que ya tenía una larga historia en nuestro campo intelectual. Mientras Andre Gunder Frank planteaba que América Latina era capitalista desde el siglo XVI, Agustín Cueva sostenía que el capitalismo se había consolidado en el último tercio del siglo XIX (Gunder Frank, 1969; Cueva, 1990). Ambas posiciones implicaban una revisión de los conceptos de “capitalismo” y “desarrollo” en un sentido opuesto a versiones eurocéntricas. En cambio, aquellos que adscribían a una caracterización de la región como “semi-feudal” atribuían a esos resabios las causas del “atraso” y planteaban que era necesario implantar una revolución burguesa para superar esas barreras, siguiendo los pasos de las economías desarrolladas. Estas últimas concepciones encarnaban en corrientes teóricas ligadas al comunismo, las cuales entendían que el socialismo era el modo de producción capaz

de superar la explotación capitalista, pero sólo podía alcanzarse luego de que se hubieran desarrollado las fuerzas productivas en el marco de relaciones sociales plenamente capitalistas⁷.

Pero, antes de clausurarse la década del cincuenta, la Revolución Cubana puso un pie muy firme en la historia de América Latina. Uno de los impactos mayores de este fenómeno ocurrió en el campo académico y vino a sellar el compromiso de las ciencias sociales con la militancia política. Nació un concepto de “dependencia” que, a diferencia del anterior, era predominantemente “espacial”. La lucha contra la dependencia dejó de verse como un cierto progreso de una etapa colonial o neocolonial a otra independiente. Gran parte de los intelectuales ya no consideraban a la liberación como una estrategia complementaria de los pueblos colonizados bajo el liderazgo de una burguesía nacionalista y democrática que los haría avanzar en luchas intermedias, anteriores al socialismo. La categoría de dependencia alcanzaba su máximo esplendor al promediar la década del sesenta, en el marco de la *sociología crítica*, que abrió múltiples instancias de investigación para profundizar la cuestión del desarrollo/subdesarrollo como “polos” de un mismo proceso. En palabras del ecuatoriano Fernando Velasco Abad, las nuevas indagaciones concluían que “el desenvolvimiento mismo del capitalismo era el que iba desarrollando y subdesarrollando a las naciones, según el papel que les tocaba jugar” (Velasco Abad, 1990: 41).

Las teorías de la dependencia produjeron un reordenamiento de las ciencias sociales latinoamericanas. Según Samir Amin, el pensamiento social latinoamericano reabrió debates fundamentales referidos al socialismo, el marxismo y los límites del eurocentrismo dominante en el pensamiento moderno, todo lo cual dio lugar a una brillante crítica del “capitalismo realmente existente” (Amin, 2003: 53). Los principales ejes de este cambio temático –que atravesó desde el estructuralismo cepalino hasta las corrientes marxistas y neo-marxistas– buscaban producir en la teoría un viraje tan significativo como el cambio que se esperaba para las estructuras sociales. Durante este fecundo período de nuestro campo intelectual, la categoría de dependencia asumió un enorme protagonismo y, cuando avanzaban los años sesenta, saltó el tapial de la discusión académica y se instaló en los partidos políticos, las revistas culturales, los movimientos sociales, las instituciones estatales, la literatura y el periodismo. Conviene, por ello, hablar en plural de enfoques y “teorías” de la dependencia, para expresar con más propiedad al conjunto complejo y heterogéneo que puede materializarse en los trabajos publicados, desde 1965, por autores como Osvaldo Sunkel, Enzo Faletto, Fernando

7 Para una síntesis del debate feudalismo-capitalismo y de las posiciones de los teóricos de la dependencia, ver Laclau (1986), Gunder Frank (1987) y Dos Santos (2002).

Henrique Cardoso, Andre Gunder Frank, Fernando Velazco Abad, Aníbal Quijano, Ruy Mauro Marini, Celso Furtado, Theotônio Dos Santos, Vania Bambirra, Franz Hinkelammert, entre tantos otros.

La categoría de dependencia se presentaba, antes que como una teoría, como un *problema teórico*. La crítica del economicismo, que ellos mismos venían formulando, les recordaba que no debían situar esta forma de dominación exclusivamente en el plano productivo. Razón por la cual fue planteada como una *situación* que ocurría en determinadas condiciones estructurales nacionales e internacionales, aludiendo directamente a las vinculaciones entre el sistema político y el sistema económico. Analizadas las investigaciones como conjunto, e incorporadas las polémicas, críticas y “anticríticas” que se desplegaron entre 1967 y 1979⁸, puede decirse que el problema de la dependencia no deseaba verse como un fenómeno que se imponía a nuestros países de afuera hacia adentro, sino como una *relación*, en tanto sus condiciones se posibilitaban bajo diferentes formas en la estructura social interna.

Sin embargo, la forma “reflejo” con que muchas veces era analizada esa *relación* entre países centrales y periféricos fue uno de los ejes más complejos de las discusiones de la época. Theotônio Dos Santos, por ejemplo, definió a la dependencia como una situación en la cual la economía de determinados países estaba condicionada por el desarrollo de otras economías, a las que estaba sometida. Las sociedades dependientes, así, sólo se expandían como reflejo de la expansión de las economías de los países dominantes (Dos Santos, 1971). Esto no implicaba, necesariamente, que Theotônio Dos Santos u otros dependentistas sostuvieran una concepción teórica de *espejo* simplista, pues, como declaraba Carlos Pérez Llana, eran conscientes de que la dominación externa total era impracticable en países formalmente independientes. La dependencia u otra forma de dominación sólo era posible cuando se encontraba respaldada en los sectores nacionales que se beneficiaban de la misma (Pérez Llana, 1973: 188). Este y otros textos promovieron arduas disquisiciones terminológicas, pero pocas veces se ha indagado en el trasfondo ideológico de la discusión. Ciertas acusaciones de mecanicismo tendían, en más de una oportunidad, a desestimar formas de dominación que, en los casos más extremos, asumían formas radicalmente verticales y unidireccionales.

Fernando Velasco Abad planteaba que la dependencia era la noción vinculante entre los dos polos del proceso desarrollo/subdesarrollo,

8 Hemos tomado como referencia para situar los años más fecundos de estas polémicas el año 1967, primera edición de *Dependencia y desarrollo en América Latina*, de Cardoso y Falletto, y el año 1979, cuando se cierra el debate Cueva-Bambirra y se publica el “Post Scriptum a Dependencia y Desarrollo en América Latina”. Sin embargo, varios textos que pueden considerarse parte de las teorías de la dependencia fueron publicados antes de 1967.

pero ya no como un mero agente externo que limitaba el crecimiento de un país, sino como un tipo específico de concepto causal-significante que explicaba situaciones determinadas por un modo de relación históricamente dado. En otras palabras, la forma específica que adoptaba la dependencia estaba fijada por la estructura de clases de los países en juego (Velasco Abad, 1990: 41). En esta línea, los trabajos de la primera época de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto se proponían construir un concepto de dependencia alejado de la noción de reflejo y más ligado a la política y al poder que a la economía

Procuramos evitar dos falacias que con frecuencia perjudican interpretaciones similares: la creencia en el condicionamiento mecánico de la situación político-social interna (o nacional) por el dominio exterior, y la idea opuesta de que todo es contingencia histórica. En efecto, ni la relación de dependencia, en el caso de naciones dependientes, o de “subdesarrollo nacional”, implica en la inevitabilidad de la historia nacional volverse el puro reflejo de las modificaciones que tienen lugar en el polo hegemónico externo, ni éstas son irrelevantes para la autonomía posible de la historia nacional (Cardoso y Faletto, 1975: 162-163).

Las opacidades de la definición de la categoría de dependencia estaban fuertemente ligadas a la discusión sobre la potencialidad de los estados nacionales para modificar su situación de dependencia y, muy especialmente, a las alianzas políticas que podrían articularse para cambiar esa sujeción. En el conocido “Post Scriptum a Dependencia y Desarrollo en América Latina”, que Cardoso y Faletto publicaron en 1979, sostenían que, a pesar de que las situaciones de dependencia se presentaban únicamente como si fuesen la expresión de una lucha entre estados-naciones, envolvían una doble determinación, pues se componían de conflictos entre grupos y clases sociales. Los autores planteaban que lo fundamental del ensayo que ambos publicaron en 1967 estaba dado por el intento de vincular las luchas políticas entre grupos y clases, de un lado, y la historia de las estructuras económico-políticas de dominación internas y externas, por el otro. Eran conscientes de que era necesario explicitar una noción de Estado: lejos de ser visto como una “mera institución burguesa”, constituía un aval para una posible transformación global de la sociedad, siendo la condición que su control permaneciera limitado a las fuerzas populares (Cardoso y Faletto, 1979: 95).

A estas alturas, el lector ya puede imaginarse que la oscilación entre el enfoque de clase y el enfoque nacional fue uno de los aspectos más problemáticos de las teorías de la dependencia. Más precisamente, lo que Francisco Weffort llamaba la “posición teórica del problema nacional en el cuadro de las relaciones de producción y las relaciones de clase” (Weffort, 1970: 390). Y es que Weffort no aceptaba la existencia

histórico-real de una contradicción entre la nación (como unidad autónoma, con necesaria referencia a las relaciones de poder y de clase) y la dependencia (como vínculo externo con los países centrales). Finalmente, criticaba ese mecanismo muchas veces sugerido por algunos dependentistas cuando hablaban de “relación concomitante” entre los cambios operados en los países periféricos y los cambios producidos en los países centrales, porque anulaba la posibilidad de gestar una transformación desde los países dominados (Weffort, 1970: 392). El problema teórico que planteaba Weffort, por cierto, no era menor. Se asentaba sobre una ambigüedad real de los teóricos de la dependencia. Pero padecía las dificultades de un enfoque rígido, que desconocía un importante conjunto de luchas por la liberación nacional que ya por entonces se articulaban a programas socialistas.

Desde este mismo ángulo, pero con mayor flexibilidad, el ecuatoriano Agustín Cueva impugnó a los dependentistas por su tinte “marcadamente nacionalista”, pero sostuvo que la contradicción entre países independientes imperialistas y países dependientes efectivamente existía, aunque la dupla imperio/nación derivaba de una dicotomía mayor –la contradicción de clases–, y que sólo en determinadas condiciones podía pasar a ocupar un primer plano (Cueva, 1979a: 15).

En uno de sus primeros descargos, Cardoso insistió en que el concepto de dependencia mostraba la rearticulación de las clases sociales, la economía y el Estado en situaciones específicas de dominación y dependencia (Cardoso, 1970). Una posición semejante defendió Vania Bambirra en 1978, cuando sostuvo que la lucha de clases en una nación oprimida pasaba por la lucha de clases a nivel internacional y que, pese a que aquella se desarrollaba concretamente en el ámbito de las sociedades nacionales –lo que planteaba con toda fuerza la problemática nacional–, no estaba aislada de la dinámica clasista que asumía el enfrentamiento entre una nación oprimida y otra opresora. Bambirra creía que era necesario dilucidar la confusión que generaba privilegiar o aislar la “contradicción mayor” de clase en detrimento de la contradicción nación oprimida y opresora, puesto que finalmente la cuestión nacional no era más que “la forma como las contradicciones entre las clases antagónicas se manifiestan en el nivel de la sociedad nacional” (Bambirra, 1983: 54).

Los críticos de las teorías de la dependencia no sólo cuestionaban la oscilación entre el enfoque clasista y la perspectiva nacional, sino que les atribuían un arraigo teórico todavía fuerte con la problemática impuesta por el desarrollismo. Para Cueva, la relación entre desarrollistas y dependentistas podía ser planteada como de *negación* y, a la vez, *prolongación*: si bien pretendían un cambio estructural, ese cambio se orientaba al desarrollo del sistema capitalista y no en el sentido de una transformación global del sistema en el camino del socialismo. Esta doble con-

dición en relación con el desarrollismo se expresaba, según Cueva, en la postulación teórica de una suerte de “modo de producción dependiente” que tendría una especificidad propia, diferente de las leyes del modo de producción capitalista analizado por Marx (Cueva, 1981: 109-125).

Con estas líneas nos hemos internado en una de las constantes que atravesó, sistemáticamente, las discusiones de la época. Nos referimos a las relaciones entre dependencia y marxismo. Cueva decía que en el debate con los dependentistas existía una cuestión metodológica fundamental a esclarecer: se trataba de saber si el conjunto de determinaciones que intervienen en la configuración de una situación de dependencia se ubican o no en un nivel susceptible de crear una *legalidad propia*, cualitativamente distinta de la que corresponde a las características fundamentales del modo o modos de producción involucrados en dicha situación. En este sentido, debía reformularse profundamente la pregunta clásica desarrollista, ¿puede o no haber desarrollo?, para salir de su encierro teórico. Para el ecuatoriano no podía hablarse de desarrollo sin más. Lo que se “desarrollaba” era el sistema capitalista mundial y no existían leyes propias de la dependencia o del subdesarrollo puesto que, en rigor, estas situaciones configuraban un problema histórico y no propiamente teórico (Cueva, 1981: 119-120).

Aunque los debates exhibían un gran nivel teórico y todos se esforzaban por definir con mayor precisión las categorías en juego, en más de una ocasión quedaban encerrados en disquisiciones sumamente abstractas. Por lo general, los marxistas estaban atravesados por una preocupación: validar o invalidar a las teorías de la dependencia al interior del marxismo, entendido como sistema teórico cerrado basado en ciertos “núcleos íntimos”. Algunos inclusive llegaban a realizar una contrastación tan fuertemente intrateórica, que perdían de vista la diferencia entre el objeto social e histórico que estaba puesto en discusión y los textos de Marx, que se convertían en referente exclusivo y ahistórico de dicha operación.

Con el paso del tiempo surgiría una mirada crítica a las imposiciones de una visión dicotómica de tipo “ortodoxia-heterodoxia”, particularmente frente a las implicancias de la operación que determinaba en los textos de Marx o Lenin un “núcleo central” desde el que se podría medir el “grado” de *correspondencia teórica* entre marxismo y teorías de la dependencia. Hace algunos años, Franz Hinkelammert se propuso rescatar las relaciones entre marxismo y dependencia a partir del posicionamiento político de ambos frente al capitalismo. Señaló que la principal convicción dependentista era que el capitalismo, tal como se desenvolvía en los países periféricos, no era tolerable. Eso se vinculaba, para Hinkelammert, con el análisis marxiano del capitalismo como un sistema que producía riqueza destruyendo las fuentes de la producción de esa misma riqueza. Desde este enfoque, muchos teóricos de la de-

pendencia le parecían cercanos al pensamiento de Marx. Pero eso no ocurría porque eran “marxistas”, sino porque encontraban en esta teoría categorías de pensamiento adecuadas a la posición que asumían en la interpretación de su realidad (Hinkelammert, 1996: 226).

Finalmente, para ir cerrando esta etapa de vitalidad, no sólo de las teorías de la dependencia, sino del campo intelectual en su conjunto, cabe destacar otra arista polémica que terminará de reconstruir el mosaico de las corrientes heterogéneas que caracterizaban al campo de las ciencias sociales latinoamericanas hacia los años sesenta y setenta. Estamos pensando en la confrontación entre quienes consideraban a las teorías de la dependencia como una lectura original de nuestra realidad y aquellos que entendían que su perspectiva estaba ya contenida en la teoría del imperialismo. Era otro modo de volver sobre las relaciones entre dependencia y marxismo, la implantación del capitalismo en América Latina, la existencia o no de una “teoría de la dependencia” unitaria y homogénea; en fin, rozaba la cuestión del eurocentrismo en la teoría y en la historia.

Horacio Cerutti Guldberg se internó en este debate desde la filosofía de la liberación y propuso pensar la dependencia como categoría descriptiva, antes que como teoría, enfatizando la caracterización de “situaciones de dependencia”. Según Cerutti, detrás de la categoría de dependencia no hay una explicación sino una *situación a explicar*. Aunque se declara en contra de hablar de “una teoría de la dependencia”, Cerutti le reconoce una especificidad, que se halla en la diferenciación entre situaciones coloniales y no coloniales. Cuando se habla de dependencia se habla de “modalidades de inserción de ciertas sociedades en el sistema imperialista” (Cerutti Guldberg, 1992: 111-112).

Entre los estudios realizados en centros de investigación europeos, puede destacarse uno de los primeros “balances” de la categoría de la dependencia, que también procuraba indagar acerca de la especificidad de estas teorías. Nos referimos al ensayo de Ignacio Sotelo, publicado en 1980, en el que se rescataba uno de los principales logros de estas teorías. Se trataba de la afirmación de la “unidad constitutiva” tanto del mundo hegemónico como del subordinado: “ambos han surgido y se han consolidado en un mismo proceso histórico, el despliegue del capitalismo, y con él la configuración de un mercado mundial y una división internacional del trabajo”. Sin embargo, en general, Sotelo destacaba más las ambigüedades que los aciertos. La sobrevaloración de la perspectiva de lo nacional, con menoscabo del análisis de clase, no le resultaba convincente. La teoría de la dependencia le parecía una repetición de la teoría del imperialismo. Pero con un agravante: por ser una mirada desde los países periféricos perdía, a su juicio, la perspectiva de la totalidad. El investigador del Centro de Investigaciones Sociológicas de Madrid no sostenía coherentemente este punto de vista a lo largo

del ensayo, pero abogaba, junto con otros teóricos, por un análisis de “situaciones concretas de dependencia” que contribuyera a tomar distancia de los modelos abstractos y del monismo causal (Sotelo, 1980: 78). Más adelante veremos cómo este tipo de crítica estaba particularmente atravesada por una noción eurocéntrica de la “universalidad” y una pretensión igualmente abstracta de “totalidad”.

De este recorrido que venimos haciendo surge que entre las diversas corrientes dependentistas y sus críticos había tanto sutiles matices como diferencias gruesas. Pero las discusiones se enredaron bastante. Poco antes de cancelado el período de la sociología crítica, las teorías de la dependencia podían ser vistas como una reiteración de la teoría del imperialismo, o como una mirada propiamente periférica, atenta a las especificidades de la dominación capitalista. Pero hasta los autores más reticentes para con ellas consideraban que la explicación del subdesarrollo se hallaba en una estructura mundial desigual, organizada en centros y periferias. Hablaban de un proceso en el cual las burguesías de los estados más poderosos abusaban de las naciones económicamente débiles, perpetuando y ahondando esa debilidad, para reproducir en escala ampliada –aunque con modalidades cambiantes– los mecanismos básicos de explotación y dominación.

DESARROLLO DEPENDIENTE Y DEMOCRACIA RESTRINGIDA (MUERTE)

Ya en 1974, Fernando Henrique Cardoso había introducido el tema del *desarrollo dependiente* y la posibilidad de compatibilizarlo con la democracia representativa, que se convertiría en el objetivo central de muchos intelectuales que vivían bajo estados autoritarios. Los enemigos de la democracia no eran ya el capital internacional y su política expropiadora de nuestros países, sino el corporativismo y la burocracia, que habían limitado la negociación en el nuevo nivel de dependencia. Según relata irónicamente Immanuel Wallerstein, esta concepción trataba de interpelar a los sectores progresistas impulsándolos a creer que “con un poco de paciencia y sabiduría en la manipulación del sistema existente, podremos hallar algunas posibilidades intermedias que son al menos un paso en la buena dirección”. Estas tesis ganaron fuerza internacional y crearon el ambiente ideológico de la alianza de centro-derecha que arraigó en la década siguiente en Argentina, México, Perú, Venezuela, Bolivia y Brasil (Wallerstein, 1996).

Vista desde el continente latinoamericano, la década del ochenta se presenta como un período de transición. Agustín Cueva señala que la Revolución Sandinista (1979) produjo una especie de “partaguas” entre el campo intelectual centroamericano y el sudamericano. Mientras en el primero todavía se tematizaban las luchas de liberación nacional, en el segundo comenzaban a revalorizarse los mecanismos formales de la de-

mocracia y se concentraba todo el interés en terminar con los gobiernos militares en la región (Cueva, 1988: 8-15). El eje del debate en las ciencias sociales se desplazó de la preocupación por el cambio estructural hacia el tema del orden y la convivencia democrática. Del compromiso del científico social a la excelencia académica, cada vez más pretendidamente neutral. Pero no sólo se trataba de un cambio temático. Mientras algunos países centroamericanos recibían la ola de exiliados que escapaban de las dictaduras, una fuerte modificación estaba ocurriendo en las universidades y centros de investigación sudamericanos. Se trataba de un proceso de privatización de las instituciones académicas y un retorno de tendencias empiristas, que al poco tiempo reemplazaron el espíritu del libro por el “paper”, el ensayo por el informe.

Más allá de la influencia real de las tesis del *desarrollo dependiente* en los procesos políticos latinoamericanos, lo cierto es que una parte importante de los nacionalismos y populismos de antaño adhirieron a las políticas norteamericanas para asegurar la estabilidad monetaria. Esto trajo “apoyo” internacional y una renovada relación de dependencia basada en vastos movimientos de capital financiero. De allí surgieron algunos esquemas nacionales con “moneda fuerte”, estabilidad monetaria y fiscal, obtenidas mediante privatizaciones y recorte de gastos estatales, pero siempre jaqueadas por el aumento de la emisión de bonos de deuda pública. La existencia de ciertos niveles de crecimiento económico en los comienzos de este modelo reforzó la embestida neoliberal contra todo intento de retornar a las políticas que hubiesen distribuido mejor el ingreso nacional, y agudizó su enfrentamiento con todas las teorías del conflicto social que pretendiesen ser liberadoras. Se implantaron así los llamados *ajustes estructurales*, y hasta fines de los noventa parecía confirmarse la hipótesis de que existía un *desarrollo dependiente*, y que este era afín a los regímenes políticos liberal-democráticos. Dos Santos recuerda que todas las políticas de bienestar se vieron amenazadas: “no había dinero para nadie, pues el hambre del capital financiero es insaciable” (Dos Santos, 2002). Contrariamente a lo esperado, el mayor triunfo de los modelos neoliberales no se produjo en la esfera económica: sólo técnicos obtusos podían ignorar los efectos de la burbuja financiera en las variables macroeconómicas. El éxito expansivo ocurrió en la política y la cultura.

¿Cuáles fueron las principales postas de esta carrera? Las dictaduras militares de los años setenta prepararon la salida. La caída del Muro de Berlín, en 1989, dejó atrás varios corredores. Y con el Consenso de Washington, ese mismo año, los neoliberales armaron los festejos en la línea de llegada. Por doquier se decretó la defunción de las teorías de la dependencia. Grupos dirigentes y enormes porciones de la opinión pública latinoamericana apoyaron la subasta del patrimonio de nuestras naciones y aplaudieron la sumisión de los gobiernos a las

políticas del Fondo Monetario Internacional. En el imaginario social de nuestros pueblos rondaban los fantasmas del pasado autoritario o del espiral inflacionario y un pesimismo embriagador parecía conformarse con la puesta en escena de la estabilidad económica.

Al comenzar la década del noventa, el cortejo fúnebre de la teoría de la dependencia se nutría por derecha y por izquierda⁹. Desde paradigmas eurocéntricos, se atacaba la “mitología tercermundista” y se reclamaba a los dependentistas por ausencia de “universalidad”¹⁰. Desde esos confines se alimentaba, sin embargo, un nuevo mito, que habría de estallar un poco después, cuando se abriera una brecha de luz entre el derrotismo posmoderno y el triunfalismo neoliberal.

Es cierto que el destino de las teorías de la dependencia estuvo marcado por factores externos al campo intelectual: el golpe de Estado contra el socialismo chileno, la derrota de las experiencias guerrilleras, la caída del Muro de Berlín y la hegemonía mundial norteamericana. Pero también aportó su dosis mortífera esta lectura que se difundió hasta convertir al dependentismo en un paradigma “mecánico”, “simple”, “incoherente” o “desvencijado”. No pretendemos sostener exactamente lo contrario. Estamos de acuerdo en que estaba atravesado por un conjunto de ambigüedades, propias de una construcción teórica abierta que aportó principalmente al diagnóstico de la región, antes que a la elaboración de políticas concretas. Ya hemos señalado que, en los años sesenta y setenta, los propios exponentes de estas teorías declaraban que se pretendía transformar un “proceso de investigación en curso” en una concepción cerrada y homogénea. La literatura dependentista fue asumida en su imagen de divulgación como una “doctrina”, cuando era más bien una *corriente intelectual con una problemática común*. Así, el fuerte impacto que tuvo esta corriente en su coyuntura histórica y las intensas polémicas que dieron vida al enfoque de la dependencia transformaron hipótesis provisionales en afirmaciones categóricas y cristalizaron teorías que estaban en plena elaboración (Cerutti Guldberg, 1992; Camacho, 1979)¹¹.

9 La versión de las teorías de la dependencia como paradigma “simplista” puede verse, entre otros, en Hardt y Negri (2002) y Grosfoguel (2003: 151-166).

10 Según Amin, la adopción de una perspectiva eurocéntrica en el marxismo histórico impulsó la desestimación de la polarización creciente como rasgo central de la expansión capitalista. Inclusive recuerda que Bill Warren, por ejemplo, escribía en la revista *New Left Review* que el intercambio mundial no era especialmente desigual ni contribuía al retraso de las formaciones sociales periféricas: “era hora ya de reconocer que ellas eran atrasadas” (Amin, 2003: 42).

11 En su más reciente trabajo, Horacio Cerutti Guldberg sostiene que los esfuerzos conceptuales de la llamada “teoría” de la dependencia no pudieron dar cuenta en su momento acabadamente de esas situaciones de dependencia que persisten. Pero ellas se han agudizado y es por eso estimulante retomar con nuevas perspectivas esos debates. Ver Cerutti Guldberg (2003).

Pero veamos más de cerca este mito que se fue forjando alrededor de *la* teoría de la dependencia. Acusarla de “simplista” era también una forma de decir “ideológica”. En un sentido peyorativo, desacreditaban la calidad de la teoría dado que se posicionaba supuestamente desde la investigación científica pero promovía básicamente un cambio de sistema. De esta manera, estos críticos que argumentaban en favor de la “neutralidad valorativa” contribuían a opacar la existencia real de relaciones de dominación a nivel internacional. Esta no era la primera vez que surgía una corriente científicista que intentaba separar tajantemente ideología y ciencia en la historia del campo intelectual latinoamericano¹². Tampoco será hoy la primera vez que un cambio en las condiciones políticas e ideológicas vuelva a ponerlas en diálogo. Resulta urgente, entonces, desmontar esta especie de elefantiasis construida sobre las deficiencias del dependentismo, por cuanto no sólo se inspira en el combate contra toda forma de articulación entre teoría y política, sino que obtura nuestro propio acervo intelectual como latinoamericanos.

Entre 1960 y 1980, las ciencias sociales no tenían el mismo acceso a la comunicación que tuvieron después, por lo cual, mientras el mito de la teoría “simplista” fue ganando las conciencias, gran parte de las indagaciones acerca de las “situaciones de dependencia” quedaron impresas en mimeógrafos, relegadas en polvorientos archivos de los centros de investigaciones. Una sincera reflexión y una honesta denuncia acerca de las connotaciones ideológicas de esta derrota académica fueron encabezadas por Agustín Cueva, uno de los intelectuales que más seriamente había discutido los pilares de las teorías de la dependencia. A pesar de haberles atribuido un conjunto de debilidades teóricas, especialmente en lo atinente al diagnóstico del capitalismo latinoamericano, el ecuatoriano declaraba compartir con la mayoría de los dependentistas una posición teórica crucial. Se refería a la postulación de que la debilidad inicial de nuestros países se encontraba en aquel plano estructural por el cual quedó concluido el proceso de acumulación originaria y conformada una matriz económico-social, a partir de la cual tuvo que organizarse la vida de nuestras naciones (Cueva, 1990: 13-35).

Esta posición y su particular atención a los momentos de rearticulación de alianzas políticas a nivel continental le permitieron poner en perspectiva los airados debates de los setenta. En 1988 aclaró públicamente que su trabajo crítico del dependentismo se había situado en una discusión en el interior de la izquierda, y que nada tenía que ver con los posteriores ataques al enfoque de la dependencia por parte de

12 Con respecto a la distinción entre ciencia e ideología en las ciencias sociales latinoamericanas, puede verse González Casanova (1985: 25-34), Velasco Abad (1990), Sosa Elízaga (1994: 7-24) y Osorio (1994: 24-44).

la “sociología conservadurizada (post-marxista, posmoderna, o como se la quiera denominar)”. Frente a estos ataques, declaró enfáticamente que se sentía más cerca de los dependentistas a los que criticó en 1974 que de sus impugnadores. Y ello porque, con el correr del tiempo, se había puesto en evidencia que había muchos académicos empecinados en considerar una “obsoleta simplificación teórica” del imperialismo y la dependencia. La discusión de los setenta, según Cueva, “nunca fue un intento de negar que la dependencia existiese, sino una disputa en torno a la manera de interpretar mejor dichos fenómenos” (Cueva, 1989: 2)¹³. Paradójicamente, durante este último período –que el ecuatoriano describía como de *domesticación* por parte de las ciencias sociales–, las “situaciones de dependencia” eran más palpables que nunca.

DEBATE INTELECTUAL Y REALIDAD EMPÍRICA: ENFOQUES VIGENTES (RESURRECCIÓN)

Atilio Boron señala que nuestros estados son hoy mucho más dependientes que antes, agobiados como están por la deuda externa y por una “comunidad financiera internacional” que en la práctica los despoja de su soberanía, al dictar políticas económicas dócilmente implementadas por los gobiernos de la región. En estas condiciones de “intensificación sin precedentes de la heteronomía nacional”, las teorizaciones sobre la dependencia son desestimadas como “anacronismos” cuando, en realidad, ellas han adquirido una “vigencia mayor aún de la que alcanzaron a tener en la década de los sesenta” (Boron: 1998: 149). Mientras las categorías cayeron vertiginosamente en desuso, las realidades del imperialismo han sido más vívidas e impresionantes. Esta paradoja le parece a Boron más acentuada en América Latina, donde no sólo el término “imperialismo” sino también la voz “dependencia” fueron expulsados del lenguaje académico y del discurso público, precisamente en momentos en que la sujeción de nuestros países a las fuerzas económicas transnacionales alcanzó niveles sin precedentes en nuestra historia (Boron, 2002: 76).

En 2002, Theotônio Dos Santos sostenía que nadie podía asegurar que la actual onda democrática resistiría indefinidamente a esa combinación de políticas económicas recesivas, apertura externa, especulación financiera, desempleo y exclusión creciente. Según él, las teorías de la dependencia adelantaron la tendencia creciente a la marginalidad social que era resultado del aumento de la concentración de la riqueza. Además, previnieron que la expansión industrial de América Latina no traía como consecuencia su pasaje hacia el campo de los países industriales desarrollados

¹³ Permítasenos remitir a un análisis documentado del proceso de producción y circulación de las teorías de la dependencia: ver Beigel (2006).

sino, por el contrario, que aumentaría la distancia económica y la brecha tecnológica. La urbanización se transformaría crecientemente en metropolización y “favelización”, es decir, una forma de exclusión que asumiría muchas veces el carácter de un corte étnico (Dos Santos, 2002: 37).

Los acontecimientos políticos de los últimos años muestran que efectivamente esto fue así: las débiles democracias latinoamericanas no resistieron el saqueo económico, la corrupción institucionalizada y los índices masivos de desempleo. Desde 2001 se sucedieron rebeliones barriales, saqueos, cacerolazos, “escraches”¹⁴ espontáneos, que explicitaron el descontento con la política neoliberal y con los políticos en su conjunto. Parece bastante claro que fue la lucha social la que torció el rumbo que otrora se creía timoneado desde la infalibilidad de las reglas de la economía y sus intelectuales “neutrales”. En Argentina, “neoliberalismo” se convirtió en mala palabra, y se produjo un rebrote de esperanza colectiva, visible en la recreación de proyectos nacionales –unos afines y otros opuestos al gobierno de Kirchner– preocupados por la satisfacción de las necesidades básicas de la población. En Brasil, Lula ganó la presidencia de la república con una base política de sustentación que ejercerá, seguramente, presión sobre el destino de su gobierno. Uruguay consolida el giro político del Cono Sur, y Bolivia acaba de elegir su primer presidente indígena. Cuba y Venezuela siguen encabezando la resistencia al intervencionismo norteamericano y la apelación a la unidad continental.

Es justamente en este contexto que vale la pena revisar críticamente las teorías de la dependencia y las nociones asociadas que surgieron junto al florecimiento de las ciencias sociales latinoamericanas. Porque en su afán por contribuir a la construcción de un proyecto libertario abogaron por una comprensión de lo social que superase la fragmentación analítica entre esferas económicas, políticas y culturales. Al mismo tiempo, se postularon claramente contra la ilusión del desarrollo por “recuperación” imitativa de los procesos operados en los países centrales. Asimismo, problematizaron su objeto de estudio desde una perspectiva latinoamericanista y lo construyeron, al decir de Hinkelammert, desde un noble punto de partida: la decisión de no someterse al capitalismo como ley metafísica de la historia (Hinkelammert, 1996: 226).

John Saxe-Fernández y James Petras vienen analizando uno de los núcleos teóricos del complejo mapa que estamos procurando delinear. Ellos han intentado desmontar el programa ideológico que hay detrás de las teorías actuales sobre la “globalización”, especialmente la

14 En Argentina, se denomina “escrache” a una manifestación colectiva que procura individualizar y denunciar públicamente a personas que han cometido actos delictivos de corrupción o violaciones a los derechos humanos.

suposición de que en esta nueva etapa asistimos a la *interdependencia* de las naciones, la aldea global y otros procesos que ya no están confinados al Estado-nación. Los autores retoman la noción de “imperialismo” para contextualizar los flujos de capital, mercancías y tecnología, ubicándolos en un escenario de poder desigual, entre estados, mercados y clases en conflicto. En contraposición con la categoría de globalización, que descansa demasiado en las difusas nociones de cambio tecnológico y “fuerzas del mercado”, el concepto de imperialismo –según ellos– considera las corporaciones multinacionales, los bancos y los estados imperiales como la fuerza motriz de los flujos internacionales. Y, en este sentido, se liga a la categoría de dependencia, puesto que se refiere a un flujo vertical y asimétrico, relacionado con la idea de dominación de estos tres agentes sobre estados formalmente independientes y sus clases trabajadoras (Saxe-Fernández et al., 2001: 33).

Todo esto no significa argüir que el sistema capitalista no ha cambiado. Una afirmación semejante estaría fuera de toda lógica. El propio imperialismo ha cambiado y mucho, pero –como sostiene Atilio Boron– “no se ha transformado en su contrario”, esa especie de economía global donde todos somos interdependientes. Se ha profundizado la dependencia externa de la mayoría de los países y se ha ensanchado el hiato que los separaba de las metrópolis (Boron, 2002: 11). La investigación coordinada por Saxe-Fernández muestra que, aun cuando los intercambios comerciales con Estados Unidos sean en la actualidad decrecientes, la existencia de múltiples mecanismos coercitivos y expoliatorios, como son las deudas contraídas con el FMI, el BM y la banca privada internacional, los favorables estatutos de inversión para la IED y el capital financiero, y la presencia aún dominante del capital estadounidense en áreas estratégicas, como agroindustrias, energéticos y minería en la mayoría de los países, demuestran que el continente se ve sometido a una masiva salida de excedentes y recursos que alcanza una magnitud que empequeñece lo realizado en la época en que predominaban los principios mercantilistas. La dependencia y el subdesarrollo no sólo son consecuencia de las taras y los intereses de las oligarquías/burguesías locales para articular proyectos de desarrollo autónomos, sino resultado de la larga historia de nuestro colonialismo y, en los últimos tiempos, del dominio norteamericano supuestamente globalizado, cuya virulencia pone de manifiesto más que nunca el hecho de que el imperialismo es el eje ordenador del poder mundial. En suma, los servicios de la deuda, las pérdidas por intercambios, las formas de tributación de América Latina a otras regiones, la transferencia de excedentes, son todos indicadores de la continuidad de la dependencia (Saxe-Fernández et al., 2001: 95-117)¹⁵.

15 Ver también Roig (2002) y Fernández Retamar (2003: 11-21).

Asociada con las categorías de dependencia e imperialismo, la “visión centro-periferia” también ingresa con todo derecho en la revisión que aquí proponemos de los legados de las ciencias sociales latinoamericanas. Se trata de una proposición que ha sido incorporada productivamente en enfoques estructuralistas, marxistas y dependencistas a lo largo de varias décadas. Es una de esas categorías que se resisten a morir. Aunque también se la acusó de envejecer con aquellas otras compañeras de ruta, su identificación con los desarrollos teóricos y el itinerario histórico de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) ha sido, seguramente, la fuente de su juventud.

Armando Di Filippo explica que la categoría relacional centro-periferia ha procurado medir y comparar la distribución de los incrementos de productividad entre países. Ello supone también analizar la distribución de las ganancias, atendiendo a las posiciones de los grupos sociales que inciden en el proceso productivo. Pero la “condición periférica” no se determina de una vez y para siempre. Han existido tres momentos diferenciados en las relaciones asimétricas con los países centrales: durante el siglo XIX, el período de la llamada “segunda revolución industrial”; ya en el XX, la configuración propia de la segunda posguerra; y el que estamos atravesando hoy, encarnado en el cambio de siglo. Di Filippo sostiene que entre *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas* (Prebisch, 1949) y esta tercera etapa existen algunas diferencias sustanciales todavía en pleno desarrollo. Cuando Raúl Prebisch redactó ese trabajo, predominaba el intercambio de manufacturas por productos primarios entre los países centrales y periféricos. Durante el último tercio del siglo se han ido desdibujando estas condiciones porque el sistema centro-periferia gradualmente responde a otra lógica, a medida que el comercio intersectorial de bienes pierde importancia relativa. Pero los términos de intercambio siguen respondiendo a las predicciones de la teoría cepalina: se sigue hablando de distribución de los incrementos de productividad, y el desarrollo latinoamericano sigue siendo concentrador y excluyente (Di Filippo, 1998).

Del mismo modo que ocurre con la categoría de dependencia, en el balance de la visión centro-periferia ocupa un lugar central la cuestión de los estados nacionales y la visión de conjunto del sistema capitalista actual. Di Filippo recuerda que las categorías de la interpretación cepalina se han construido (y los datos correspondientes se han compilado) en el marco de los límites de los estados nacionales. Aunque estas escalas pueden ser consideradas para diagnósticos de regiones conjuntas, las unidades de análisis básicas de la visión centro-periferia siguen siendo los estados (Di Filippo, 1998).

Patricia Collado realiza una excelente síntesis del debate conceptual que gira alrededor de las ideas de globalización-mundialización

para revisar en qué se funda hoy el intercambio desigual entre países. Y sostiene que “en el juego complejo de competencia entre los capitales subordinados (de los países periféricos), el capital transnacional impone el intercambio desigual, dado que compiten un cúmulo de mercancías producidas en contextos sociales diferentes y con variaciones importantes en sus composiciones técnicas y de valor” (Collado, 2004: 38). El desarrollo desigual descansa en el “comercio libre”, que no es otra cosa que un mecanismo para la concentración y centralización del capital internacional, así como el intercambio libre dentro de la nación capitalista lo es para la concentración y la centralización del capital doméstico. En otras palabras, esta fase de mundialización exige intensificar la concentración de capitales en las economías centrales para financiar las extraordinarias inversiones en desarrollo tecnológico y la modernización industrial, aumentando brutalmente la depreciación del trabajo en los países periféricos y transfiriendo volúmenes impresionantes de valor hacia al centro (Collado, 2004: 55).

Samir Amin recuerda que el contraste centro-periferia ya no es sinónimo de la oposición entre países industrializados y no-industrializados. Hay países dominantes, periferias de primer rango y periferias marginadas. El criterio separador entre las periferias activas y las que están marginadas no es únicamente la competitividad de sus sistemas productivos; según él, también es un criterio político. Amin analiza detalladamente estos distintos tipos de periferias desde el punto de vista de la existencia o no de proyectos libertarios que puedan poner un pie en el enfrentamiento con el imperialismo a escala mundial (Amin, 2003: 33). Gradualmente, el eje en torno al cual se reorganiza el sistema capitalista mundial y se definen las nuevas formas de polarización se constituye en base a los *cinco monopolios* que benefician a la tríada constituida por Japón, EE.UU. y la Unión Europea. Se refiere con ello al dominio de la tecnología; el control de los flujos financieros de alcance mundial; el acceso a los recursos naturales del planeta; el control de los medios de comunicación y las armas de destrucción masiva. En todos estos frentes, EE.UU. ha redoblado la apuesta para reforzar su hegemonía global (Amin, 2003).

Todo lo cual indica que es aún oportuna la proposición dependencista de producir un encuentro teórico entre política y economía, pues es el terreno donde ocurre la verdadera disputa. Mientras seguimos escuchando verborricas loas a la interdependencia igualitaria que habría generado –supuestamente– la globalización, el sistema capitalista se ha convertido en la más impresionante polarización geográfica de riqueza y privilegios que jamás ha conocido el planeta. Y, en este sentido, la visión centro-periferia es más útil que nunca (Wallerstein, 1999; Saxe-Fernández et al., 2001; Boron, 2002; Amin, 2003; Collado, 2004).

Las nuevas formas de polarización capitalista ya no dejan requisitos para creer en los “milagros” ni para postular, a regañadientes, un “desarrollo dependiente”. EE.UU. absorbe una fracción notable del excedente generado en el conjunto mundial y la tríada ya no es exportadora significativa de capitales hacia las periferias. Este excedente que aglutina de formas diversas –entre ellas, la deuda de los países en vías de desarrollo y de los países del Este– ya no es la contrapartida financiera de inversiones productivas nuevas. Ni siquiera el hegemonismo norteamericano está sostenido en una superioridad productiva, sino en su potencia militar. En definitiva, el carácter parasitario de ese modo de funcionamiento del conjunto del sistema imperialista representa, según Samir Amin, un signo de senilidad que sitúa en primer plano de la escena la contradicción centro-periferias (Amin, 2003: 154).

Para nosotros, uno de los ejes articuladores de las nociones de dependencia, imperialismo y centro-periferia reside en que permiten demostrar la profunda *historicidad* de la situación de subdesarrollo. En estos marcos conceptuales subyace la idea de que entre las sociedades “desarrolladas” y las “subdesarrolladas” no existe una simple diferencia de etapa o de estado del sistema productivo, sino también de posición dentro de una misma estructura económica internacional de producción y distribución, definida sobre la base de relaciones de subordinación de unos países sobre otros.

En esta línea, Aníbal Quijano ha completado recientemente su formulación de la “dependencia histórico-estructural” latinoamericana, ampliándola en torno al análisis del proceso de largo plazo que habría caracterizado a nuestros países por una constante, desde el descubrimiento de América hasta la actualidad: la colonialidad del poder¹⁶. Según Quijano, el concepto de dependencia supera las teorías del desarrollo basadas en la industrialización y no implica una relación mecánico-causal entre una economía nacional y una economía externa que ejerce presión sobre la primera. Consiste en una relación más compleja, que caracteriza al sistema-mundo desde el surgimiento del capitalismo y se caracteriza por la subordinación colonial de las periferias a los centros. En los momentos de mayor debilidad de los países centrales, como fue el caso de la crisis económica de los años treinta, la burguesía con más capital comercial (Argentina, Brasil, México, Chile, Uruguay y, hasta cierto punto, Colombia) se dedicó a la sustitución de los bienes impor-

16 Entre las interpretaciones de las teorías de la dependencia que se acercan a la problemática de la colonialidad del poder planteada por Quijano, cabe destacar dos líneas de trabajo: por una parte, las investigaciones de Roberto Fernández Retamar y Maritza Montero, ligados a la tradición latinoamericanista; por la otra, los trabajos de Walter Mignolo, identificados con la perspectiva poscolonial de la academia norteamericana. Ver Fernández Retamar (1971; 1993); Montero (1991) y Mignolo (2000: 55-85).

tados para el consumo ostentoso de la oligarquía y sus pequeños grupos medianos asociados por productos locales destinados a ese consumo. Para esa finalidad no era necesario reorganizar globalmente las economías locales, asalariar masivamente a siervos, ni producir tecnología propia. La industrialización a través de la sustitución de importaciones fue, para el sociólogo peruano, “un caso diáfano de las implicaciones de la colonialidad del poder” (Quijano, 2000: 201-246).

Esta visión histórico-estructural de la dependencia articulada a la teoría del sistema-mundo, que postula la existencia del capitalismo desde el descubrimiento de América hasta la actualidad, ha sido puesta en tela de juicio por parte de quienes consideran que esta perspectiva resguarda, aún, un sesgo eurocéntrico. El filósofo de la liberación Enrique Dussel sostiene que –a pesar de su posición crítica con el “primer eurocentrismo” y el sentido común europeo– esta teoría puede ahora ser considerada el “segundo eurocentrismo”, ya que la hegemonía europea no tendría cinco siglos, sino dos, de existencia. Europa no habría sido siempre el centro de la historia, ni siquiera desde 1492. Para Dussel, la Revolución Francesa de 1789 sería el punto de comienzo de esta hegemonía, lo cual no significa que tuviera la capacidad de subsumir todos los procesos ocurridos en África, Asia o América: una exterioridad se habría desarrollado más allá de la modernidad. Por eso existen culturas que se han desarrollado en un horizonte “transmoderno”, más allá de la negación de la modernidad, la ignorancia o el desprecio eurocéntrico (Dussel, 2002: 234).

En una línea afín a la indagación en las culturas orientales, se sitúan los últimos trabajos de Andre Gunder Frank. Según su propio relato, hacia 1969 sostenía que era el capitalismo y no el feudalismo el que generaba el “desarrollo del subdesarrollo”, pero en la década del ochenta comenzó a cuestionarse si el “sistema-mundo moderno capitalista” –del cual Europa era supuestamente el centro– no era en realidad una parte menor, y por mucho tiempo marginal, de la economía mundial real como conjunto. Si alguna economía tenía una posición realmente central, era China. Siguiendo el hilo de esta reflexión, entonces, Gunder Frank propone pensar que el sistema-mundo existía ya doscientos años antes de 1450, la fecha iniciática señalada por Wallerstein (Gunder Frank, 1998: 5).

Como puede verse, el concepto de “desarrollo” se encuentra –y se encontraba en las discusiones dependentistas– cargado de opacidades y supuestos implícitos. El “desarrollo” de las sociedades era entendido por la mayoría de los teóricos de los años sesenta y setenta como el resultado de una nueva relación entre economía, sociedad y política. Pero no todos definían de la misma manera su direccionalidad. Los debates se multiplicaban a la hora de explicar las modalidades de esta relación y las implicaciones que surgían según el tipo de combinación que se establecía entre esas esferas, en momentos históricos y situaciones es-

tructurales distintas. Los dependentistas marxistas, particularmente, enfrentaron las posiciones de aquellos que atribuían toda la responsabilidad de los “despegues” de las economías industriales latinoamericanas a factores económicos externos, como la crisis económica mundial o la Segunda Guerra. Así, señalaron la naturaleza social y política de los problemas del desarrollo económico en América Latina. Theotônio Dos Santos llegó aún más lejos. Para él, no existían límites económicos para el *pleno desarrollo* de las fuerzas productivas en el capitalismo dependiente, sino límites políticos (Dos Santos, 2002: 117). Allí también reconoció la afinidad de las concepciones dependentistas con la teoría del sistema-mundo. Sin embargo, como ahora veremos, existen algunas tensiones entre ambas.

Desde la teoría del sistema-mundo, Immanuel Wallerstein enfrenta duramente la idea de “desarrollo”, pues considera que tiene una conexión insalvable con la noción de *progreso*, particularmente desde la doctrina de la evolución biológica que surgió en la segunda mitad del siglo XIX. Detrás de las “teorías del desarrollo” habría una dificultad estructurante para las ciencias sociales heredadas de los paradigmas novecentistas. Wallerstein se está refiriendo al concepto de “sociedad” (que es la entidad que supuestamente está “en desarrollo”, y que no es el Estado, pero tampoco está divorciada de él, aunque suele compartir más o menos los mismos límites). ¿Acaso no se supone –se pregunta– que una “sociedad” difiere de un Estado al ser una especie de realidad implícita en desarrollo, en parte contra y a pesar del Estado? Los nacionalismos, las clases, los estados, las estructuras familiares, la soberanía; fueron resultados de procesos largos y contemporáneos a escala mundial. Por ello, Wallerstein ha insistido en que es el sistema-mundo, y no las “sociedades” separadas, lo que ha estado “en desarrollo”. O sea, una vez creada la economía-mundo capitalista, primero se consolidó y luego, con el paso del tiempo, se profundizó y amplió el arraigo de sus estructuras elementales en los procesos sociales ubicados dentro de ella. Toda la imaginaria de un *desarrollo*, de germen a maduración, si se cree, “sólo tiene sentido si se aplica a la singular economía-mundo capitalista como sistema histórico”. Junto con el concepto de “desarrollo”, Wallerstein propone revisar el concepto de “industrialización”, que tan caro ha sido a las expectativas de los latinoamericanos hacia mediados del siglo XX. Se suponía que el “desarrollo” consistía en una suerte de avance en una carrera industrialista que emparejaría a los países, mientras que el “desarrollo dependiente” no ha hecho otra cosa que hacer cada vez más grande la brecha que separa al centro y la periferia en la economía-mundo capitalista, y la polarización de clases a nivel mundial (Wallerstein, 2003: 82).

La caída del “socialismo real” tuvo fuertes repercusiones en las ciencias sociales latinoamericanas y puso en tela de juicio, desde otra

perspectiva, el concepto de desarrollo. Durante varias décadas, la Unión Soviética, China y los países del Este europeo desarrollaron lo que Samir Amin llama formas de “recuperación”. Pero estos “capitalismos sin capitalistas” terminaron de mostrar que la contradicción entre centros y periferias seguía siendo la oposición principal dentro del capitalismo. Al igual que Wallerstein, el intelectual egipcio llama la atención sobre la necesidad de poner en cuestión las relaciones entre el concepto de desarrollo y la industrialización, puesto que las formas de polarización mundial que se agudizaron durante el siglo XX sufrieron una importante transformación con la modernización de las sociedades periféricas, ya sea de la mano de gobiernos populistas, comunistas o ligados al Estado de Bienestar. Ya no puede identificarse la oposición centro-periferia con la dicotomía países industrializados-países no industrializados: según Amin, la tríada dominante del capitalismo ha producido nuevas formas de subalternización de las periferias activas del sistema (Amin, 2003: 24-25).

Aun con todas estas observaciones, Amin se aleja de Wallerstein en tanto se sitúa ante el concepto de *desarrollo* con un matiz diferente. Considera que es distinto hablar de “desarrollo” o “recuperación”. Esta última implica una reducción de distancias con la situación económica de los países desarrollados. El primero, en cambio, debe entenderse siempre como un concepto crítico del capitalismo. Amin define al “desarrollo” como un proyecto social democrático, que engloba dos grandes objetivos: liberar a la humanidad de la enajenación economicista y anular la polarización a nivel mundial (Amin, 2003: 12-13).

Pero la polémica alrededor del concepto de “desarrollo” es más compleja todavía, pues se relaciona con las formas de la lucha política en la etapa actual de las relaciones centro-periferia a nivel mundial. Wallerstein sostiene que, tanto los dependentistas como otros intelectuales de izquierda, no previeron que la nueva fase del sistema-mundo impactaría primeramente en los gobiernos revolucionarios o populistas del Tercer Mundo. Según él, mayoritariamente, apostaban a un modelo de desarrollo nacional afín al bloque comunista y escribieron durante un período de auge de la izquierda mundial. Pero con la década del setenta sobrevendrían la crisis del petróleo, los procesos de “democratización”, el reflujo de los movimientos sociales y, finalmente, la caída del “socialismo real”. Todo esto licuó gran parte de la radicalidad de los intelectuales y erradicó la viabilidad de una opción por un sistema nocalista en el plano de lo nacional (Wallerstein, 1996). La principal tesis de Wallerstein es que es absolutamente imposible que América Latina se desarrolle, porque lo que se “desarrolla” no son los países, sino únicamente la economía-mundo capitalista (Wallerstein, 1983). Ello pone en cuestión no sólo la unidad de análisis del concepto de “desarrollo” o la posibilidad de mejorar la vida de los pueblos dentro de una economía capitalista, sino el propio marco de referencia de la lucha antisistema.

Wallerstein advierte, de esta forma, acerca de un dilema que viene acosando a los movimientos antisistema en las últimas décadas. Y plantea que, mientras la burguesía se ha organizado cada vez más internacionalmente, el proletariado –a pesar de su retórica internacionalista– ha sido mucho más nacionalista de lo que sus organizaciones han reconocido (o de lo que su ideología le ha permitido). Estos movimientos sentían que no podían ser verdaderamente socialistas si no eran nacionalistas, ni verdaderamente nacionalistas si no eran socialistas. Hacia comienzos de la década del ochenta, ya había un lento proceso de advertencia por parte de los movimientos de trabajadores acerca de que la toma del poder del Estado-nación ofrecía importantes limitaciones (especialmente en zonas periféricas o semiperiféricas) para alterar los desiguales mecanismos de la economía mundial capitalista. De allí nació, entonces, el dilema: reforzarse en el poder, poniendo un pie en el sistema interestatal, o moverse hacia una organización transnacional, con el riesgo de perder toda base firme (Wallerstein, 1983: 11). Su conclusión no es que los movimientos no deberían tomar nunca el poder estatal, ni que carezca de utilidad que lo hagan. Lo que sugiere es que, a menos que surja una estrategia de lucha más amplia y compleja, no podremos alcanzar un orden mundial equitativo (Wallerstein, 1996: 185)¹⁷.

Como vemos, aunque existen posibilidades de articular las teorías latinoamericanas de la dependencia con las corrientes afines a las teorías del sistema-mundo, una de las cuestiones centrales que distancia al planteamiento de Wallerstein de la mayoría de los dependentistas es el papel de los estados nacionales en las transformaciones del sistema. El análisis de la economía-mundo niega que la “nación-estado” represente de alguna forma a una “sociedad” relativamente autónoma que pueda “desarrollarse” con el tiempo. En este sentido, tanto las teorías de la dependencia, como la propuesta de “desconexión” de Samir Amin, se ubican en un sendero diferente. Para el intelectual egipcio, el objetivo de una construcción nacional autocentrada es insoslayable, y el despliegue de estrategias destinadas a tal fin exige abandonar el ajuste unilateral a las tendencias que operan a escala mundial y optar por la “sumisión de las relaciones con el exterior a las exigencias de la construcción interna” (Amin, 2003: 262). Las economías “autocentradas” no están cerradas en sí mismas; al contrario, están agresivamente abiertas en el sentido de que abarcan, por su potencial exportador, el sistema global en su totalidad. En las nuevas condiciones creadas por el desarrollo de las fuerzas productivas en su doble dimensión, a la vez

17 Nosotros hemos abordado este dilema desde la perspectiva latinoamericana, analizando el debate actual en torno a las identidades nacionales, el cosmopolitismo y las “resistencias mundiales”. Ver Beigel (2005).

productiva y destructiva, la construcción de un mundo multipolar pasa por su regionalización. Las energías nuevas de la “desconexión” –dice Amin– sólo pueden imaginarse y definirse a escalas nacionales, pero deben completarse y reforzarse a escalas regionales¹⁸. El consenso mediante el cual política y economía constituyen dos esferas rigurosamente separadas se convierte en un agente destructor de todo potencial de radicalización de la democracia, y en un poderoso obturador de las verdaderas “manos invisibles” del mercado. Las propias oposiciones regionales, entre bloques como el europeo y el estadounidense, sólo pueden comprenderse a condición de considerar la fuerza político-militar que los sustenta. Para Samir Amin, es necesario abandonar por fin toda forma de economicismo, porque obtura la desmitificación de la ideología liberal que presenta a la mundialización capitalista como única alternativa posible. Es necesario situarse en una perspectiva que devuelva a las ciencias sociales la mirada a la “unidad del ser humano” y oriente sus esfuerzos al descubrimiento de las conexiones entre política, economía y cultura (Amin, 2003: 56-57).

Para cerrar este recorrido por lo que hemos llamado “resurrección” de las teorías de la dependencia y el conjunto de enfoques y categorías afines, nos gustaría analizar esta sugerencia de Samir Amin –a la cual bien podría adherir Wallerstein– en relación con la necesidad de encontrar explicaciones que sean capaces de superar la fragmentación de las miradas sobre lo social, para enfocar nuestra mirada hacia la “unidad del ser humano”.

Los economicismos y reduccionismos de diverso signo que caracterizaron a las ciencias sociales desde fines del siglo XIX no sólo estaban sustentados en posiciones teóricas que sedimentaron durante un largo tiempo, sino también en una particular configuración de nuestras disciplinas. Como sostiene Wallerstein, desde la tradición eurocéntrica, la economía, la sociología o las ciencias políticas han representado el estudio independiente de tres esferas presumiblemente distintas de la vida contemporánea, cada una en busca de “leyes universales” que, se creía, regían en su ámbito (Wallerstein, 2003: 246). En la tradición latinoamericanista, en cambio, han sido intensamente tematizadas las dificultades de los procesos de institucionalización/autonomización de prácticas sociales, particularmente debidas a nuestra condición internacional subalterna. Múltiples proyectos “autonomistas” se propusieron enfrentar las dificultades de los fragosos procesos de institucionalización de nuestros estados, sistemas educativos o academias artísticas.

18 Amin se pregunta si la incorporación de la mayoría de las clases dirigentes del mundo al proyecto de globalización neoliberal es el indicador de que ya no hay *capital nacional*. Este es un tema muy controversial. Pero, aunque fuera así –dice Amin–, el capital transnacional sería privativo de la tríada, excluyendo de su club a los países del Este y el Sur. Ver Amin (2003).

El campo intelectual ha estado fuertemente ligado a la praxis política desde los albores del proceso de “modernización”. Antes que a la existencia de reglas de exclusividad para una esfera social o a la invención de “torres de marfil”, la idea de autonomía ha estado ligada en nuestro continente a la idea de libertad¹⁹.

Más de una vez se ha dicho que, en las primeras décadas del siglo XX, la realidad social se vislumbraba con más claridad desde el vanguardismo artístico o el periodismo de ideas, y no desde el ámbito académico. Fue en ese suelo fértil de articulaciones entre cultura y política que germinaron espacios intelectuales potencialmente ricos para reflexionar sobre la fragmentación de las ciencias sociales, y más abiertos a reconocer la complejidad de lo social. Fue gracias a la existencia previa de esa plataforma que pudieron desprenderse los enfoques sociológicos latinoamericanistas de los años sesenta.

Ya en 1970, Sergio Bagú tomaba conciencia de la gran transformación teórica que operaba con las nuevas investigaciones sociales que daban a luz los países periféricos después de la Revolución Cubana. Sostenía que la visibilidad del campo de lo social se ampliaba al asumir una posición de rebeldía frente al statu quo. Aunque podríamos caracterizar como ingenuo el gesto que está implícito en la convicción de que un investigador podía superar sus límites histórico-sociales y “visualizar” todos los campos hasta entonces ocultos a la mirada experta, Bagú señalaba un hecho real: fuera del patrimonio empírico y teórico de las ciencias occidentales de la sociedad, quedaba un número muy grande de observaciones y pensamientos formulados sobre lo social (Bagú, 2003: 46-47). En esa especie de *patrimonio marginal* que constituían, entre otras, las ciencias sociales latinoamericanas, se exponían las limitaciones y exclusiones de aquella tradición eurocéntrica.

Bagú decía que lo social, como realidad relacional, no había sido suficientemente analizado. Una de las limitaciones estaba en la concepción de esos grandes fragmentos que las ciencias sociales llamaban “económico”, “político”, “cultural”. Al hablar de “estructuras” se evocaban espacios de la realidad social con algún mínimo de autonomía para generar transformaciones, conjuntos que hasta cierto grado podían explicarse por sí mismos. Se suponía que existían, que no eran sólo el fruto de nuestra abstracción analítica, que cada uno de esos conjuntos tenía algo de cualitativamente propio. Hasta aquí, Bagú señalaba cierta afinidad con la tradición occidental (Bagú, 2003: 81). Su discrepancia aparecía con la primera duda acerca del origen histórico de la percepción de

19 Para nosotros, este es un rasgo fundamental de la dialéctica autonomía-dependencia en el campo cultural latinoamericano, que puede observarse desde el vanguardismo político de los años veinte en adelante. Permítanos remitir a Beigel (2003a).

cada uno de esos grandes fragmentos de la realidad que, en los países de Occidente, habían ido dando nacimiento a las ciencias sociales:

lo que necesitamos es una ciencia del hombre (como no hay ser humano sino en lo social, la ciencia de lo social es la del hombre) que tienda hacia una visión unificada del hombre y su sociedad, cuyas especializaciones respondan a una necesidad metodológica y no a una escisión insalvable del universo del conocimiento; que se despoje de todos los fantasmas mecanicistas, teológicos y metafísicos, pero que no se sienta forzada a recaer en un fatalismo tecnologista llamando estructuras a lo que antes se llamaba Jehová, sino que se empeñe en explicar lo humano como fenómeno precisamente humano, incorporando a su lógica la realidad de la opción y aceptando la enorme complejidad que la opción agrega a todos los procesos sociales (Bagú, 2003: 196).

Bagú pensaba que las estructuras existían, pero no eran exactamente las que la teoría occidental de lo social enunciaba, ni funcionaban como esta suponía. Sugería que la realidad social se vive como *praxis anclada en la historia* y que las ciencias sociales latinoamericanas tienen que encontrar un modo de superar la fragmentación del campo de la observación (Bagú, 2003: 118-119). Esta reflexión de Bagú, tan precursora, nos permite señalar que las teorías elaboradas en el marco de la sociología crítica participaron activamente de lo que Wallerstein sitúa simbólicamente en el año 1968 como el “desmoronamiento del edificio teórico e institucional del Siglo XIX” (Wallerstein, 2003: 113). Y en este sentido, además, formaron parte de un proceso de reestructuración de las ciencias sociales que surgió a la par de los movimientos sociales y en tensión con ellos. Se determinaron recíprocamente, y esto mismo está sucediendo ahora. Los fértiles procesos de “desinvisibilización” de fenómenos como la subjetividad, las identidades étnicas, la sensibilidad estética, la cultura de masas, entre otros, no desacreditan el carácter estructural de la desigualdad, ni han desactualizado la urgencia de los proyectos globales de transformación del sistema. Pero replantean fuertemente el marco teórico. En otras palabras, si un sujeto está atravesado por un conjunto de procesos de identificación de género, de clase, de etnia, ¿cómo teorizar los niveles en los que este conjunto de desigualdades se manifiestan en la vida grupal sin apelar a “leyes universales”, sin homogeneizar sus diferencias?

Nuestra revisión de la categoría de dependencia arroja, finalmente, una última reflexión. Se trataba de un pensamiento basado en un enfoque de raigambre estructuralista, tendiente a una explicación capaz de captar la totalidad de procesos intervinientes en el “subdesarrollo”. Pero las teorías y concepciones de la dependencia se desarrollaron en un momento en el que predominaba un enfoque clasista, aún con mu-

chos matices, desde el marxismo reduccionista hasta el más crítico. La reflexión actual sobre este legado se hace en otro escenario: en la arena conflictiva del agotamiento de los paradigmas reduccionistas de diverso signo y, a la vez, en el marco de una búsqueda desesperada de referentes teóricos que nos permitan anclar en algún sitio la atomizada realidad social que nos toca analizar. Quizás la indagación y reconstrucción de las teorías de la dependencia, acompañada de una toma de conciencia acerca de sus límites y potencialidades, nos permita afrontar mejor unidos fenómenos tan específicos, y a la vez tan transversales, como el racismo, la desigualdad de género o el proceso de *import/export* de corrientes científicas.

CONSIDERACIONES FINALES

De esta historia de vidas, muertes y resurrecciones surge la importancia de revitalizar el conjunto de categorías que forjaron la problemática de la dependencia en los años sesenta. Especialmente, recuperando algunas de sus sugerencias metodológicas: las conexiones que iluminaron entre política y economía; la posibilidad de analizar a la dependencia como *relación* que se establece en una *situación* específica; el señalamiento de la *historicidad* del subdesarrollo. Pero para alcanzar esta lectura crítica, se antepone la tarea de desocultar la heterogeneidad de estos aportes y desempolvar cientos de investigaciones que quedaron impresas en mimeos en los centros de investigaciones o estudios, que fueron publicados en revistas de escasa circulación²⁰.

Los dependentistas no analizaban la realidad mediante variables aisladas de la economía, sino que se esforzaban por determinar su peso estructural, es decir, por descubrir la trama de relaciones sociales que construían esos datos. Sin embargo, a pesar del avance que significó para nuestras ciencias sociales el abandono del determinismo economicista y la puesta en vigor de enfoques capaces de articular economía y política, no fueron sistematizados, suficientemente, los mecanismos sociales de dicha articulación. Cardoso y Faletto advertían que entre el proceso político y el sistema económico existía una autonomía relativa, que permitía la posibilidad de contradicción/convergencia entre ambos campos: la política podía fortalecer un tipo de producción económica o transformarla en otra. Pero ambas esferas seguían siendo vistas como espacios homo-

20 Esta propuesta está plasmada en el proyecto "La circulación internacional de las teorías de la dependencia", que estamos ejecutando con el fin de rastrear los estudios sobre la problemática de la dependencia y las redes presentes en más de cincuenta colecciones de revistas, centros de investigación, redes editoriales, fundaciones, entre otras instancias culturales creadas durante el período 1959-1979.

géneos, relativamente fáciles de diferenciar analítica y empíricamente. Y en este sentido, también hay mucha reflexión pendiente.

Desde Europa Occidental, la modernidad fue teorizada como un proceso de autonomización y especialización creciente de los distintos campos de lo social. Esta promovía una idea de racionalidad que pretendía dar sustento al progreso de la Humanidad como conjunto. Sin embargo, mientras ocurrían adelantos técnicos o científicos en algunas áreas del viejo continente, en otras partes del planeta se acentuaba la concentración de la riqueza, el sometimiento del resto del mundo a los centros hegemónicos. La autonomía de unos se sustentaba, brutalmente, en la dependencia de “otros”, en el desconocimiento y el dominio sobre “los otros”. Por eso, Sergio Bagú insistía en que las ciencias sociales de Occidente son mucho menos universales de lo que habitualmente se piensa. Mientras se proclaman “cuna del progreso y los derechos universales”, ninguna cultura como la occidental ha sido construida sobre tan escandalosa polarización, esclavitud, servidumbre y pobreza (Bagú, 2003: 70).

Las teorías de la dependencia, la teología de la liberación, las concepciones anticolonialistas, la filosofía de la liberación, y otras corrientes de los años sesenta y setenta, pusieron en jaque tanto la autonomía de las esferas sociales como la posibilidad de hallar “leyes universales” capaces de explicar la realidad²¹. No hay, definitivamente, posibilidad de alcanzar la “universalidad” en los términos neutrales del cientificismo desarrollista, ni tampoco en la perspectiva del marxismo soviético. Pero esto no significa cerrar el diafragma al nivel micro y resignarnos exclusivamente al estudio de casos. Implica pensar las “situaciones de dependencia” en relación con estructuras nacionales e internacionales de dominación, pero también en función de una dialéctica histórica que permita incorporar las contingencias, las condiciones específicas que, a la vez, colaboran para modificar esas estructuras. Significa redefinir las unidades de análisis, reelaborar nuestras categorías y asumir el compromiso al que nos convoca Pablo González Casanova cuando propone la articulación de un discurso teórico con una praxis política; en definitiva, cuando nos interpela a emprender una verdadera militancia intelectual.

Edward Said ha sostenido que nadie expresó como Frantz Fanon el inmenso giro operado desde el terreno de la independencia nacionalista al campo teórico de la liberación. Este cambio se produce, según él, en lugares donde el imperialismo persiste después de que se logra la independencia (Said, 1996: 414). La mayoría de los teóricos dependentistas ocupan, por derecho propio, un lugar de peso en este campo teórico. No

21 La filosofía de la liberación ha demostrado su reciente vitalidad con el lanzamiento de su Manifiesto de Río Cuarto, a treinta años del Manifiesto de la Filosofía de la Liberación (1973).

sólo porque adhirieron a un proyecto libertario, sino porque procuraron hacerlo desde una revisión crítica de la tradición eurocéntrica. No sólo porque aspiraron a explicar la realidad latinoamericana para transformarla, sino porque pusieron, además, el cuerpo entero en el intento.

BIBLIOGRAFÍA

- Amin, Samir 1989 *El eurocentrismo. Crítica de una ideología* (México DF: Siglo XXI).
- Amin, Samir 2003 *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no-americano* (Madrid: El Viejo Topo).
- Argumedo, Alcira 1984 *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones* (Buenos Aires: Punto Sur).
- Argumedo, Alcira 2001 *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional).
- Bagú, Sergio 2003 (1970) *Tiempo, realidad social y conocimiento* (México DF: Siglo XXI).
- Balandier, Georges 1973 *Teoría de la descolonización. Las dinámicas sociales* (Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo).
- Bambirra, Vania 1983 (1978) *Teoría de la dependencia: una anticrítica* (México DF: Era).
- Beigel, Fernanda 1995 *Agustín Cueva: estado, sociedad y política en América Latina* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana).
- Beigel, Fernanda 2003a *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui* (Buenos Aires: Biblos).
- Beigel, Fernanda 2003b "Dependencia e identidad nacional en el vanguardismo estético-político argentino" en *Cuadernos Americanos* (México DF) Año XVII, Vol. 4, N° 100.
- Beigel, Fernanda 2005 "Las identidades periféricas, en el fuego cruzado del cosmopolitismo y el nacionalismo" en *Pensar a contracorriente* (La Habana: Centro del Libro y de la Cultura Cubana "Juan Marinello").
- Beigel, Fernanda 2006 "Desde Santiago: las teorías de la dependencia y la creación de un circuito de producción intelectual en América Latina", mimeo.
- Boron, Atilio A. 1998 "Los nuevos Leviatanes y la polis democrática: neoliberalismo, descomposición estatal, y decadencia de la democracia en América Latina" en *Anuario Mariateguiano* (Lima) Vol. X, N°10.

- Boron, Atilio A. 2002 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Bourdieu, Pierre 1984 *Homo Academicus* (París: Minuit).
- Bourdieu, Pierre 1999 *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires: Eudeba).
- Camacho, Daniel (comp.) 1979 *Debates sobre la Teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana* (Costa Rica: EDUCA).
- Cardoso, Fernando Henrique 1970 “Teoría de la dependencia o análisis de situaciones concretas de dependencia” en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política* (Santiago) Vol. 1, N° 3.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo 1975 (1967) *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo 1979 “Post Scriptum a Dependencia y Desarrollo en América Latina” en Camacho, Daniel (comp.) *Debates sobre la teoría de la dependencia y la lociología latinoamericana* (Costa Rica: EDUCA).
- Cerutti Guldberg, Horacio 1992 (1977) *Filosofía de la Liberación Latinoamericana* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Cerutti Guldberg, Horacio 2003 “Urgencia de un filosofar vigente para la liberación”, mimeo.
- Collado, Patricia 2004 *La incertidumbre de los trabajadores. Ciudadanía y exclusión* (Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo).
- Coraggio, José Luis y Deere, Carmen Diana (coords.) 1986 *La transición difícil: la autodeterminación de los pequeños países periféricos* (México DF: Siglo XXI).
- Cueva, Agustín 1979a (1974) “Problemas y perspectivas de la Teoría de la Dependencia” en *Teoría social y procesos políticos* (México DF: Línea Crítica).
- Cueva, Agustín 1979b “Vigencia de la anticrítica o necesidad de autocrítica? (Respuesta a Theotônio Dos Santos y Vania Bambirra)” en *Teoría social y procesos políticos* (México DF: Línea Crítica).
- Cueva, Agustín 1981 “El pensamiento social latinoamericano (Notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período)” en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 14.
- Cueva, Agustín 1987a (1967) *Entre la ira y la esperanza* (Quito: Planeta).
- Cueva, Agustín 1987b *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales* (Quito: Planeta).
- Cueva, Agustín 1988 “Sobre exilios y reinos (Notas) Críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 4.

- Cueva, Agustín 1989 (1988) "Prólogo a la edición ecuatoriana" en *Teoría Social y procesos políticos* (Guayaquil: Universidad de Guayaquil).
- Cueva, Agustín 1990 (1983) *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Di Filippo, Armando 1998 "La visión centro-periferia hoy" en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile).
- Dos Santos, Theotônio 1971 "La estructura de la dependencia" en Sweezy, Paul; Wolff, Richard; Dos Santos, Theotônio y Magdoff, Harry *Economía política del imperialismo* (Buenos Aires: Periferia).
- Dos Santos, Theotônio 1978 *Imperialismo y Dependencia* (México DF: Era).
- Dos Santos, Theotônio 1987 *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo* (Buenos Aires: Contrapunto).
- Dos Santos, Theotônio 2002 *Teoría de la Dependencia: balance y perspectivas* (México: Plaza & Janes).
- Dussel, Enrique 1972 *Caminos de la liberación latinoamericana* (Buenos Aires: Latinoamérica Libros).
- Dussel, Enrique 1973 *América Latina. Dependencia y liberación* (Buenos Aires: Fernando García Cambeiro).
- Dussel, Enrique 1990 *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana. Un comentario a la tercera y a la cuarta redacción de "El Capital"* (México DF: Siglo XXI).
- Dussel, Enrique 2000 "Europa, modernidad y eurocentrismo" en Lander, Edgardo (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- Dussel, Enrique 2002 "World-System and Trans-Modernity" en *Nepantla*, Vol. 3, N° 2.
- Fanon, Frantz 1974 *Los condenados de la tierra* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Fernández Retamar, Roberto 1971 "Caliban" en *Revista Casa de las Américas* (La Habana) N° 68.
- Fernández Retamar, Roberto 1993 "Caliban, quinientos años más tarde" en *Revista Nuevo Texto Crítico* (La Habana) N° 11.
- Fernández Retamar, Roberto 2003 "Martí en su siglo y en los siglos" en *Cuadernos Americanos* (México DF) Año XVII, Vol. 2, N° 98.
- Fernández Buey, Francisco 2003 "De la invención del príncipe moderno a la controversia sobre el príncipe posmoderno", mimeo.
- Franco, Rolando 1974 "Veinticinco años de Sociología Latinoamericana. Un balance" en *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción) Año 11, N° 30, mayo-agosto.

- González Casanova, Pablo 1985 “Las ciencias sociales en América Latina” en *Balance y Perspectiva de los Estudios Latinoamericanos* (México DF).
- Grosfoguel, Ramón 2002 “Colonial Difference, Geopolitics of Knowledge, and Global Coloniality in the Modern/Colonial Capitalist World-System” in *Review*, Vol. XXV, N° 3.
- Grosfoguel, Ramón 2003 “Cambios conceptuales desde la perspectiva del sistema-mundo. Del cepalismo al neoliberalismo” en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 183.
- Grüner, Eduardo 2002 *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico* (Buenos Aires: Paidós).
- Gunder Frank, Andre 1969 “The Development of Underdevelopment” in *Latin America: Development or Revolution* (Monthly Review Press).
- Gunder Frank, Andre 1987 *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Gunder Frank, Andre 1998 *ReOrient: Global Economy in the Asian Age* (Berkeley: University of California Press).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Hernández Arregui, Juan José 1987 *Nacionalismo y liberación* (Buenos Aires: Contrapunto).
- Hinkelammert, Franz 1996 *El mapa del emperador. Determinismo, caos, sujeto* (Costa Rica: DEI).
- Hobsbawm, Eric 1995 *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica).
- Houtart, François 2001 “La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo” en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Ives, Peter 2003 “Language, Agency and Hegemony: a Gramscian response to Post-Marxism”, mimeo.
- Jalée, Pierre 1971 *El tercer mundo en la economía mundial. La explotación imperialista* (México DF: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto 1986 “Feudalismo y capitalismo en América Latina” en *Política e ideología en la teoría marxista* (Madrid: Siglo XXI).
- Lander, Edgardo (ed.) 1991 *Modernidad & universalismo. Pensamiento Crítico: un diálogo interregional 1* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Marini, Ruy Mauro 1985 *Subdesarrollo y revolución* (México DF: Siglo XXI).
- Martí, José 1992 *Obras escogidas* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Mato, Daniel (comp.) 2001 *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: CLACSO).

- Mignolo, Walter 1998 “Diferencia colonial y razón postoccidental” en *Anuario Mariáteguiano* (Lima) Vol. X, N° 10.
- Mignolo, Walter 2000 “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad” en Lander, Edgardo (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- Mills, Charles Wright 1994 (1959) *La imaginación sociológica* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Monereo, Manuel 2001 “De Porto Alegre a Porto Alegre: la emergencia del nuevo sujeto político” en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Montero, Maritza 1991 *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psico-social al ser venezolano* (Caracas: Ediciones de la Biblioteca).
- Oliver Costilla, Lucio 1991-1992 “En busca del tiempo perdido: actualidad de la herencia de la sociología radical latinoamericana” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) Año VI, Vol. 6, N° 11, 12 y 13.
- Osorio, Jaime 1994 “Los nuevos sociólogos. Tendencias recientes de la sociología latinoamericana” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) N°1.
- Pérez Llana, Carlos 1973 “Perú en el sistema mundial y regional” en Puig, Juan Carlos et al. *De la dependencia a la liberación. Política exterior de América Latina* (Buenos Aires: Ediciones la Bastilla).
- Poulantzas, Nicos 1987 *Estado, poder y socialismo* (México DF: Siglo XXI).
- Prebisch, Raúl 1949 *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas* (CEPAL).
- Quijano, Aníbal 1977 *Imperialismo y “marginalidad” en América Latina* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1985 *Imperialismo, clases sociales y estado en el Perú (1890-1930)* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1988 *Modernidad, identidad y utopía en América Latina* (Lima: Sociedad y Política).
- Quijano, Aníbal 1993 “Raza, etnia y nación en José Carlos Mariátegui” en Forgues, Roland *José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento* (Lima: Amauta).
- Quijano, Aníbal 2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en Lander, Edgardo (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).

- Quijano, Aníbal y Wallerstein, Immanuel 1992 “Americanity as a concept, or the Americas in the Modern World-System” in *International Social Science Journal*, N° 134.
- Roig, Arturo Andrés 1979 “El valor actual de la llamada ‘Emancipación Mental’” en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 12.
- Roig, Arturo Andrés 1994 *El pensamiento latinoamericano y su aventura* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).
- Roig, Arturo Andrés 2002 “Necesidad de una segunda independencia” en *Utopía y praxis latinoamericana* (Maracaibo) Año 7, N° 19.
- Said, Edward W. 1996 *Cultura e imperialismo* (Barcelona: Anagrama).
- Saxe-Fernández, John; Petras, James; Veltmeyer, Henry y Núñez, Omar 2001 *Globalización, imperialismo y clase social* (Buenos Aires: Lumen-Humanitas).
- Sosa Elízaga, Raquel 1989 “El desarrollo de las corrientes contemporáneas de América Latina. Pensamiento y realidad social” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF).
- Sosa Elízaga, Raquel 1991-1992 “Agustín Cueva: un itinerario crítico” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 11, 12 y 13.
- Sosa Elízaga, Raquel 1994 “Evolución de las ciencias sociales en América Latina (1973-1992)” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 1.
- Sotelo, Ignacio 1980 *América Latina: un ensayo de interpretación* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas).
- Terán, Oscar 1980 “Latinoamérica: naciones y marxismos” en *Socialismo y participación* (Lima) N° 11.
- Velasco Abad, Fernando 1990 (1972) *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* (Quito: Corporación Editora Nacional).
- Wallerstein, Immanuel 1983 *The Politics of the World-Economy* (California: Cambridge University Press).
- Wallerstein, Immanuel 1996 “La reestructuración capitalista y el sistema mundo” en *Anuario Mariateguiano* (Lima) Vol. VIII, N° 8.
- Wallerstein, Immanuel 1999 “¿Una política de izquierda para el siglo XXI? O una vez más, la teoría y la praxis” en *Anuario Mariateguiano* (Lima: Empresa Editora Amauta) Vol. XI, N° 11.
- Wallerstein, Immanuel 2003 *Impensar las Ciencias Sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos* (México DF: Siglo XXI).
- Weffort, Francisco 1970 “Notas sobre la Teoría de la Dependencia: teoría de clase o ideología nacional” en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política* (Santiago de Chile) Vol. 1, N° 3.